

Cartas a Stelios

© 2022 | José Antonio Moreno Jurado
© 2022 | Mixtura Editorial SL, Barcelona

DISEÑO DE LA COLECCIÓN | Ferran Fernández
MAQUETACIÓN | Zaranda & Jo
ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA | Carol Gómez

ISBN | 978-84-
DEPÓSITO LEGAL | B-XXX-2022
IMPRIME | Kadmos
Impreso en España | *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a cedro (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

José Antonio Moreno Jurado
CARTAS A STELIOS
(sobre la estupidez)

ηxtura

Alguna luz

CONOCÍ a Stelios Karayanis, oriundo de Samos y poeta griego de la Generación del 70, llamada también por la crítica Generación del Desacuerdo, Generación de la Negación y Generación del Anticonformismo, en la librería de la calle Panepistimíu, en el mismo centro de Atenas, que dirigía entonces mi inolvidable Kostas Tsirópulos. Era 1982, si no recuerdo mal.

Entablé con Stelios, a partir de entonces, una relación epistolar de muchos años, primero con cartas escritas a mano, después con máquina de escribir y finalmente con los modernos correos electrónicos. Era una forma, como otra cualquiera, de mantener viva una relación en la distancia y una manera también de juego y de diversión en momentos de apatía y de abandono. Lejos, por supuesto, de pretensiones literarias. Y, para mí, terminó convirtiéndose en tal diversión, por aquella época y no hoy, que llegué a escribir a mi amigo Manuel Jurado, cuando daba clases de Literatura Española en Sankt Gallen, una carta de más de 60 páginas. Algo que hoy resulta imposible de comprender. Mucho menos, de llevar a cabo.

Porque la carta constituía entonces una señal indiscutible de buena educación, de cortesía y de amistad. Todos los grandes autores vivos de la época, sin excepción alguna, te escribían y te daban las gracias

por libros que previamente les habías enviado. Me sucedió, entre otros, con Jorge Guillén, con Gerardo Diego, con Rafael Morales, con Pepe García Nieto, con Rafael Guillén y con Leopoldo de Luis. Una veces comentaban tus libros. Otras veces no. Pero nada parecido a lo que ocurre hoy. Si te vi, no me acuerdo, suelen decir los divos para sí con labios cerrados. Y las divas.

De toda esa correspondencia con Stelios, he reunido aquí los textos que se aproximan, más o menos, o tocan directamente mi preocupación por la estupidez del todo, de la vida misma, de la evolución y del universo en general. Estupidez en el sentido de bobada, de necedad, como dicen los diccionarios. Y estupidez tanto en este último sentido general, estupidez del ser, como en el sentido particular de los comportamientos humanos, de las religiones e incluso de la filosofía.

Pero no se trata, en absoluto, de fijar, de definir una actitud optimista ni pesimista ante la vida, para eso estaban ya los existencialistas, sino de constatar el hecho real de la estupidez del todo, de la evolución misma, lejos ya de prejuicios religiosos o trascendentes. La naturaleza, lo existente contemplado cara a cara sin artificios y sin miedos.

Indiscutiblemente, he acudido, sólo en ocasiones, a textos míos anteriores para fijarlos ahora o retocarlos en lo posible, sabiendo de antemano la dificultad que entraña la descripción de cuanto quiero decir y la evitación de malentendidos, y,

por supuesto, he añadido nuevos textos que pueden iluminar los posibles puntos oscuros. Y no he guardado, en absoluto, el espacio temporal en que se escribieron las cartas. No conservé las fechas. En verdad, no me fue posible, puesto que pretendía fijarme sólo en las que contenían referencias al tema. He de confesar, sin embargo, que no hay en los textos fabulación alguna, imaginación, fantasía, creación poética. Todo cuanto digo, incluso lo anecdótico, sucedió en realidad, ya fuesen lecturas, principios personales o comportamientos humanos.

Sevilla, julio de 2021

I

MI querido Stelios:

Regresé a casa con normalidad a pesar de las esperas y de los cambios de terminales en Madrid que aburren y desesperan sin piedad alguna.

Sólo quisiera decirte que ayer, puesto que el avión salía de Atenas a las cinco de la tarde, pretendí aprovechar la mañana visitando el Cerámico. Sabes cuánto me gustaron siempre los relieves y las estelas funerarias que se conservan en ese museo, en parte al aire libre y, en parte, en interiores.

Era una mañana herida de azul intenso, idéntica a las mañanas templadas de Sevilla, y, temprano aún, tomé el metro y me bajé en la estación del mismo nombre, Cerámico. Pero, al salir, no sabía dónde estaba, si debía girar a la izquierda o a la derecha, hacia atrás o hacia adelante. El entorno había cambiado tanto que no conseguía orientarme en absoluto.

Para no perder tiempo, decidí preguntar a la primera persona que encontré, una anciana con un carrito de la compra de voz suave y tiernos gestos. «Señora, por favor, ¿me podría decir por dónde he de tomar para llegar a la puerta de entrada del Cerámico?» , le dije. «Lo siento, señor», respondió amablemente, «no lo sé, apenas salgo de casa».

II

Volví a preguntar a un estudiante, a un matrimonio joven, a un señor de la limpieza, a una chica guapísima de falda corta, a un pope de sotana negra, de los que llevan los hombros llenos de caspas, y a un albañil. No obtuve respuesta o, mejor, me dieron la misma respuesta: no sabían nada.

Me quedé perplejo. Incluso dudé de mí mismo y de mi peregrinaje por aquellas calles. ¿Estaba de verdad en Atenas? ¿En la ciudad de la cultura y el pensamiento? Obcecado, decidí finalmente entrar en una cafetería para preguntar lo mismo. Y sucedió otra vez. Ni los camareros ni la clientela sabían dónde estaba la puerta de entrada al Cerámico.

Lleno de rabia, enfadado conmigo y con el mundo, regresé al hotel, recogí mi equipaje y me fui al aeropuerto.

II

Y ya en el avión, Stelios, pensé en mi primer viaje a Grecia. A Atenas concretamente. Algo escribí al respecto no recuerdo dónde. Mi memoria, como mis piernas, comienza a quedar arañada por las espigas del tiempo que se secan al sol. No me importa.

Cuando terminé mi carrera de Filología Clásica, era una liturgia obligatoria, casi sagrada y propia de iniciados religiosos, sentir y tocar cuanto habíamos estudiado durante cinco años consecutivos. Con todo aquel bagaje de estudios históricos, literarios y lingüísticos, me sentía seguro de dominar cualquier situación en aquella lengua, tu propia lengua, Stelios. Error.

Escribí entonces sobre señoras sentadas en un parque que hablaban de Solón, de Sócrates, de Platón, de Jenofonte hasta que comprendí que nada sabían y que sólo hacían referencias a los nombres de las calles adyacentes. Y conté también mi encuentro con un zapatero que no sabía leer. Y que, en aquel instante, se me vino abajo el mundo, porque no era posible que un hombre griego, heredero de una cultura inmensa y secular, no supiese leer. No era posible. ¿Qué error había cometido en mis ideales? Entendí entonces que la realidad es muy distinta de la literatura y de la filosofía. Que todos nosotros ha-

bíamos amado a Grecia de una manera romántica y, por ello, completamente falsa. Nuestras universidades se habían convertido en herederas directas del Renacimiento, del Romanticismo, de la Ilustración, seguidoras de una Grecia que nunca existió, de un ideal, de una entelequia.

III

PERO aún hay más. Recuerda bien, Stelios, que, cuando un poeta de Tesalónica, bastante mayor, nos invitó a comer en su casa, estuve discutiendo con él durante cierto tiempo. Decía que el griego moderno es una lengua nueva, nacida por arte de magia. Una lengua que nada tiene que ver con el griego clásico. Yo, que había defendido mil veces, en la Universidad de Sevilla y en mis escritos, que la lengua griega es una única lengua en perfecta evolución, me quedé aturdido. Y llegué a decirle que el propio Seferis habla de las distintas etapas que ha recorrido la lengua hasta llegar a nosotros: el micénico, Homero, el griego clásico, la koiné, el griego bizantino, con su poesía religiosa y los poemas de caballería, y el griego contemporáneo. Pero el poeta insistió e insistió. Guardé silencio para no parecer descortés y no volvimos a hablar del tema. Evidentemente no era filólogo. Era químico.

IV

Y más curioso aún. Me contaban entre risas, mientras desayunaba un día en la Plaka ociosamente, que miles de atenienses no han subido jamás a la Roca Sagrada, a la Acrópolis. No tienen necesidad alguna. Desde que nacen, la ven allá arriba, inmóvil, lejana. Un día y otro. Un año y otro. Es demasiado familiar, propiedad privada de todos, un adorno en las alturas. Y, como están tan habituados a verla desde la distancia, no sienten deseo alguno de acercarse y tocarla con los sentidos. Nosotros, en cambio, moríamos por atravesar los Propíleos, por tocar de lejos el templo de Atenea Nike, las Cariátides, las metopas del Partenón. Es estúpido que lo bello, si nos es cercano, pierda la intensidad de su belleza.

POR eso te propongo, Stelios, que definamos qué entendemos por estupidez. Los diccionarios no se atienen a matices ni a diferentes acepciones de esta palabra concreta. Definen al estúpido como «necio, falta de inteligencia» y a la estupidez, como «lo propio del estúpido». Por eso, piensa tú en la opinión que tienes y yo pensaré en la mía.

Hoy te diré únicamente que estamos pasando toda la vida a la espera de que una enfermedad, más o menos dolorosa y cuyo nombre no sabemos aún, nos conduzca a la muerte. Y así esperamos meses y años desde nuestro nacimiento. Es más, el origen de la vida que conduce a la evolución de las especies no constituye un bien porque se basa en una constante transformación y lo que aparece termina desapareciendo. Además, la filosofía siempre ha mantenido que lo que se transforma es imperfecto. Lo perfecto sería el motor inmóvil. Pues bien, Stelios, a todo ese proceso lo llamo estupidez, porque, en definitiva, es esperar a la nada. Quiero decir que el proceso es «necio, falta de inteligencia». En cambio, te pido por favor que no confundamos la estupidez del ser con la estupidez de las personas y de sus actos, pues, aunque tienen rasgos comunes, están a distinto nivel en la jerarquía del todo.

VI

MI querido Stelios, fue gracioso, pero todos me entendieron. Cuando fuimos a leer poemas a la casa del poeta Takis Sinópulos, en Nea Esmirni, y, otro día, a Egáleo, se me ocurrió, como sabes, jugar entre bromas con la situación actual de la poesía. Y dije desenfadadamente que un viejo marinero me contaba siempre, en Mazagón, que en sus muchos viajes en mercantes había descubierto, por pura experiencia personal, que, en Grecia, si levantas una piedra encuentras debajo dos poetas.

Los griegos, al escucharme, reían, chanceaban y asentían. Aseguraban que era verdad cuanto me decía aquel viejo marinero en mi juventud, después de describirme atardeceres y amaneceres imposibles en Sunio o en Ítaca.

Sin embargo, guardé para mí las razones y chanceé sonriendo. Pensaba que hablar en público sobre cuestiones lingüísticas y demasiado serias enturbia ciertamente la comunicación espontánea con quien ha acudido de forma voluntaria y placentera a escuchar tus poemas.

Para mí, en cambio, la proliferación de poetas por tus lares, Stelios, dos debajo de cada piedra, tiene raíces profundas en la misma lengua. Quiero decir que el poeta, o aspirante a poeta, cuando uti-

liza palabras como *θάλασσα* (mar), *ουρανός* (cielo), *πέτρα* (piedra), *άμμος* (arena), *δένδρο* (árbol), *ήλιος* (sol), *κόκκινος* (rojo), y muchísimas otras, tiene ante sí una tradición inmensa de casi tres mil años. Estas palabras, en el poema, transportan de inmediato a esa tradición, a cientos de autores que las elevaron a lo sublime, suenan y se sienten incluso conceptualmente y el poeta, por ello, se encuentra inmerso en un concepto de buena poesía que resulta erróneo. Porque el uso de la palabra tradicional, por sí solo, no justifica la bondad o maldad del poema en sí mismo. Así, las palabras tienen en Grecia una evocación tradicional que conduce a múltiples errores del poeta. Especialmente, a la valoración de su obra.

VII

Es diferente, en cambio, la situación de la reciente poesía española. Parafraseando a Elytis, diría que todos escriben poemas, pero nadie conoce el nombre de las flores o de las aves. No recuerdo bien si eran flores o aves. Como en Grecia, aunque por diferentes razones, se han multiplicado en nuestra tierra los poetas que editan libros, que publican en blogs o en páginas absurdas, propias o de amiguetes, en las que abundan la cursilería y la ignorancia.

Se trata casi siempre de una prosa cortada en versos, a capricho del autor, que busca la sorpresa en un giro habilidoso, en una anécdota, en un gesto, en un tic nervioso, en una salida efectista, quiero decir llena de efectos paralelos, pero nunca la sorpresa de la metáfora, de la imagen y del ritmo. Una enorme pobreza, además, de emoción, de sensaciones y de pensamiento, que nada aporta al lector. Al contrario, lo mal conducen.

Y no quiero decir que toda poesía deba ser lírica o estar revestida de pompa, de boato, ni siquiera de alambicados procedimientos o de inclinaciones metafísicas. No. Se trata únicamente del gozo de la expresión bella, hermosísima, de la música de la palabra en sí misma y del contexto que la rodea, de la transformación en belleza de la realidad o de la emoción, nunca de la anécdota o del tic cinematográfico.

VIII

ME referí a Giordano Bruno, Stelios, en uno de los libros que te envié a Atenas hace bastante tiempo, *Cuadernos de un poeta en Mazagón III*, y no quisiera volver a repetirme ahora. Sólo te diré, con tu beneplácito y con este silencio en que siempre te encuentras, que su figura ha sido para mí, a lo largo de los años, la fiel representación de la estupidez humana, tanto en el orden religioso como en el orden de los planteamientos filosóficos.

IX

PORQUE el panteísmo de Giordano Bruno presenta una sencillez asombrosa, aunque sus escritos sean a veces alegóricos y difíciles. Consiste únicamente en conceder al universo los atributos que concedieron a Dios los Padres de la Iglesia, los teólogos anteriores y especialmente Tomás de Aquino. Él mismo dice: «Por tanto, el universo es uno, infinito, inmóvil». El Uno de Platón, el Infinito de Parménides y el Motor inmóvil de Aristóteles constituyen la base de semejantes atributos. Pero ¿tanta importancia tenían para Bruno las atribuciones a Dios o las atribuciones al Universo, como para renunciar a su defensa con la que hubiera podido conservar la vida? ¿Sus convicciones filosóficas fueron también una especie de fanatismo intelectual? ¿Morir por una filosofía abstracta, empírica y no comprobable?

No quiso retractarse en absoluto porque «no debía ni quería arrepentirse, ni tenía nada de qué arrepentirse y no sabía de qué arrepentirse», según su Declaración del 21 de diciembre de 1599. Dicho llanamente, la filosofía está por encima de la vida misma y de la religión, por encima de la muerte. Estupidez también.

X

Y la verdadera esencia del hombre, además de los disparates de la ontología, ser contingente, ser necesario, etc., está en asimilar lo exterior, carne, fruta, pescado, leche, conservar en su interior lo que le conviene, aunque de manera involuntaria, y expulsar de su cuerpo, más tarde, los deshechos inservibles. Si aprendes a visualizar a políticos, filósofos, biólogos, oradores, en estas tareas diarias, quiero decir, dando de cuerpo y limpiándose de inmediato de la manera que sea, con papel, con una hoja de parra, con una piedra, considerarás que ninguno de ellos sobresale por encima de los otros. Y te reirás sobradamente de los hombres, de los políticos y de los aspirantes, de los ilustrados y de los ignorantes, de los que poseen y de los humildes, de los que creen que son y de los que nada creen, porque son idénticos unos a otros en este menester. En verdad, constituye una servidumbre estúpida que todos ocultan y de la que nadie habla.

XI

MI querido Stelios, hace tiempo que no te escribo. Lo sé. Hay momentos en que te lanzas al abismo y caes, ruedas, te golpeas. Y vuelves a ponerte de pie y te dices a ti mismo: ¡qué estupidez! Toda la vida, todo el universo, toda la naturaleza, toda la evolución y todas las especies son y se transforman. Y, por consiguiente, todo ese proceso en sí mismo y, especialmente, el sometimiento del individuo a esa transformación constituyen lo más estúpido que pueda pensarse.

No tiene sentido o, mejor, el sentido no es nunca del individuo sino del todo que se transforma. La estupidez de ser yo, de creer que soy yo, la estupidez de mi nombre, de mi carnet de identidad, de mi yo mismo, se oculta con frecuencia en el velo de la realidad, del tiempo, y me creo fuera de la transformación. Me detengo, en cambio, y miro de frente: todo el proceso es estúpido.

XII

LAS religiones, en cambio, atribuyeron a un ser superior la creación de todo y, por tanto, su propia finalidad. Así, el hombre siente, en su aceptación religiosa, la tranquilidad de ser en otro, de no preocuparse de lo que es, no de quién es, porque todo lo debe a esa criatura primera que regula, que crea, que pone en orden lo existente. Para nosotros, evidentemente, las disyuntivas son dos: creer en un ser trascendente, eterno, inmóvil, uno, perfecto o, por el contrario, sentirse parte involuntaria de una naturaleza que se transforma continuamente de manera estúpida e incoherente, aunque tenga sus propias leyes físicas, inherentes a su naturaleza. Lo más fácil para el entendimiento humano es la primera disyuntiva. La segunda, utilizando un término de Tomás de Aquino, repugna al pensamiento del hombre.

Pero, semejante concepción, esta visión del todo, este delgado ateísmo, jamás panteísmo, es una especie de revelación instantánea, semejante a la caída del caballo de Pablo de Tarso, que se da de pronto, repentinamente, tras años de estudios y reflexiones, una especie de éxtasis personal, parecido a los meteorismos de Teresa de Ávila, una comprensión inmediata del todo, del yo, del tú, del mundo, del universo, como el don de la ubicuidad de Martín de Porres, un misticismo absoluto que nos une a toda la realidad del ser.

XIII

Y mira, por ejemplo, qué estupidez la de Catón el Joven en Roma. No te asustes, mi querido Stelios, no soy omnisciente. La anécdota me ha venido sin querer a la cabeza al recordar, no sé por qué, a Séneca y a Lucilio. Dice el cordobés que Catón, siempre rival de César, decide suicidarse tras la batalla de Tapso, en la que no intervino personalmente, en el año 46 a.C. Tiene en sus manos el *Fedón* de Platón, que trata de demostrar la inmortalidad del alma, y, sobre la cama, su espada. Cuando termina de leer el *Fedón*, convencido de aquella sublime inmortalidad, se deja caer sobre la espada. No debe interesarte lo que ocurrió después, si lo curaron los médicos y si volvió a abrirse las heridas con sus propias manos para consumar el suicidio. Eso es pura anécdota. Sólo debe interesarte que, fijo y enajenado por la lectura del *Fedón*, no pudo o no supo leer el texto como debía. Creía firmemente en Platón. Quiero decir que no se planteó, ni por un momento, si Platón decía la verdad sobre la inmortalidad del alma o se trataba únicamente de un bonito cuento con una estupenda historia.

XIV

ME pides, mi querido Stelios, que te envíe un texto sobre «Mis esporádicas relaciones con Elytis», tanto en Grecia como en España, para traducirlo y editarlo en tu revista *Hécate Ars Poetica*. Te lo envío, en archivo adjunto, aunque sé que todo esto sólo tiene significado para mí y que, de alguna manera, forma parte ya de mí mismo, de mis experiencias personales y de mi crecimiento poético. Espero que te guste. Mañana te escribiré sobre la belleza y la verdad.

XV

ELYTIS ha sido para mí el poeta de la belleza, Seferis, el poeta de la verdad. Pero no sé muy bien si, en estos casos concretos y tangiblemente líricos, la belleza es verdad y la verdad, belleza. La belleza de Elytis resulta verdadera, constituye verdad, y la verdad de Seferis constituye belleza, es bella y hermosa. Es curioso, sin embargo, que no pueda decir lo mismo de los poemas de Kavafis. Será, seguramente, porque tendría que cambiar la perspectiva desde la que observo.

Un poema juvenil de Elytis, «El granado loco», un libro, *El árbol de la luz*, y un poema de madurez, «Muerte y resurrección de Constantino Paleólogos», pueden confirmar seria y sensatamente cuanto digo. De la misma manera que pueden confirmarlo con amplitud el libro de poemas de Seferis *El Tordo* y su poema del ciclo de Chipre «Helena». La intensa luz del Sol, en Elytis, frente a la cara oscura de la Luna, la que no se ve, en Seferis. «Luz angelical y negra» (*Αγγελικό και μαύρο φως*), decía. Una misma moneda con dos caras diferentes, que vienen a ser una y la misma. La plenitud del ser, de la naturaleza en su conjunto, de la Justicia también, frente al dolor y al sufrimiento de la carencia de la luz.

La belleza y la verdad, enfrentadas una a la otra, incluso con descaro, se complementan y, al unirse,

se expanden por los sentidos y, más tarde, por la razón.

Elytis murió el 19 de marzo de 1996. Sentado en el suelo de mi habitación, pasé horas enteras ante mi televisor viendo desde Sevilla su entierro y todos los reportajes que le dedicaron aquella mañana en ET1. Comprendí que los griegos no lo habían olvidado. Y ahora, en mi vejez, comprendo también que estuve enamorado toda mi vida de su poesía, no de su persona, y que abandoné en gran medida por Grecia, por la poesía griega de todos los tiempos, los intereses de mi propia creación poética.

XVI

PERO lo estúpido, Stelios, es bello también: un atardecer, un amanecer, unas montañas, unas islas, la vida entera, un amor. La estupidez se enraíza en la transformación y en el azar. Como la belleza. Quiero decir que todo se da al azar en función de la naturaleza misma y en ello consiste la estupidez. Vivir es azar y nadie tiene en sí la capacidad de existir por sí mismo, siempre por otros.

XVII

No me entiendas mal, Stelios. Estoy vivo y no quiero morir. Y, si sigo por mucho tiempo en mi sano juicio, no me suicidaré. El problema no está ahí. El problema radica en que soy por azar y, así, estoy sometido a los intereses, a la ciega marcha de la propia naturaleza que siempre se defiende y sólo piensa en ella misma. Soy como todo, desde el más pequeño animal hasta las estrellas. Y me rebelo y no hubiese querido estar dentro de este torbellino de la transformación. Pero estoy, por culpa de terceros como digo, y soy tan estúpido, yo también, como la flor o como la montaña.

Porque, en el fondo, se vive para nada. Crees que vives por ti mismo, independiente y dueño de tus sensaciones, de tus sentimientos, porque tienes una percepción errónea del tiempo. Pero, si miras más allá, si percibes el tiempo como un todo, comprendes de inmediato que tu vida no es nada.

XVIII

DURANTE 75 años viví por y para la literatura en general y para la poesía en particular. Y, cuando no creaba, en momentos de desesperación, acudía al sucedáneo de la creación misma, la traducción. Otra forma, menos cruel, de la creación.

Ahora, en cambio, sólo veo en la poesía y en la novela artificio, vulgaridad y engaño. Tanto en la literatura de siglos pasados como en la contemporánea. Las estrofas tradicionales, inundadas por la tiranía de la rima, que fuerza en extremo la palabra y el sentido, la poesía contemporánea, enfermiza y decadente, que quiere levantar su vuelo y tiene las alas embarradas y sucias. El amor, la muerte, la vida, los desencantos, observados únicamente desde la bondad sin un atisbo de angustia ni de reflexión.

Los argumentos en la novela sobresalen por encima del estilo y del arte, sin que a nadie preocupe la bondad o maldad de ese estilo, de esa narración misma, de la forma, de la palabra y de sus connotaciones. Nada de eso importa ni a críticos ni a lectores. En poesía, además, la observación se limita a unas fórmulas generales y vacías, a lo bello, a lo amable, pero nunca a la desesperación ni a la angustia de ser.

XIX

¿CÓMO entender, Stelios, una de vuestras más famosas canciones, precisamente del gran compositor Manos Hatzidakis? Le doy vueltas y vueltas y sólo puedo entenderla bajo una visión surrealista que se mezcla con elementos tradicionales. «*Τα παιδιά κάτω στον κάμπο / κυνηγούν έναν τρελό, / τον πνίγουν με τα χέρια / και τον καίνε στο γιαλό*» («Los muchachos abajo en el campo / persiguen a un loco, / lo ahogan con sus manos / y lo queman en la playa»). Más adelante: «*Τα παιδιά κάτω στον κάμπο / κυνηγάνε τους αστούς, / πετσοκόβουν τα κεφάλια / από εχθρούς και από πιστούς*» («Los muchachos abajo en el campo / persiguen a los ciudadanos, / cortan las cabeza de enemigos y de fieles»). Además: «*Τα παιδιά κάτω στον κάμπο / κόβουν δενδρολιβανιές / και στολίζουν τα πηγάδια / για να πέσουν μέσα οι νιές*» («Los muchachos abajo en el campo / cortan romero / y adornan los pozos / para que caigan dentro las jóvenes»). Y, si te detienes un poco, verás que no puede leerse o escucharse en absoluto bajo la lógica diaria de nuestra comprensión.

Me refiero, evidentemente, al texto en sí mismo, aislado de toda connotación, solo frente al lector desprevenido, sin referencia alguna, como confiesa el mismo Hatzidakis, a la obra del cineasta serbio

Dusan Makavejev, *Sweet movie* (1974), muerto en 2019. Leído con tales referencias, el poema adquiere una dimensión completamente diferente, lejos ahora supuestamente del surrealismo, y nos proporciona una perfecta comprensión del anarquismo existencial y literario, en palabras del propio Hatzidakis. Sin embargo, no queda demasiado claro, al menos para mí, qué diferencia existe entre un anarquismo literario y una escritura surrealista.

XX

TODA la filosofía se ha dedicado siempre al estudio de la metafísica, de la teodicea, de la ontología, de la ética, de las relaciones entre los hombres, tanto humanas como políticas, aceptando servilmente la naturaleza humana. Asumiendo, en definitiva, la vida misma. Como si fuese, además, algo inevitable.

Yo me bajo, ahora mismo, de este tren, cansado ya de tan inútiles elucubraciones, y me subo al tren que camina en dirección contraria. Si todo este inmenso plan de nuestra existencia fue concebido por Dios, como piensan los creacionistas, habría que matar a Dios. Activamente, digo, no a la manera pasiva de Nietzsche con su «Dios ha muerto». Activamente, en cuanto voluntad de la no existencia del hombre.

Y si todo este plan de nuestra existencia se debe a la propia naturaleza, con sus reacciones físicas o químicas en la formación o en el origen de la vida, habría que matar a la naturaleza. Activamente, digo. No a la manera de la irracionalidad moderna.

XXI

SÉ de buena tinta, Stelios, que los hombres, por eso de enfrentarse al miedo de la no existencia, crean a sus dioses a imagen y semejanza de ellos mismos. Y los sitúan en el terreno de la perfección absoluta, del Uno y de la Inmovilidad. Me lo explicó Jenófanes, un hermoso día de juventud, y todos los que estaban a mi alrededor asintieron. Como hacen también los caballos y los bueyes, según nos contaba. Lo peor de todo es que Jenófanes vio, al fondo de la línea recta, a un Dios inmóvil, que no se mueve y que no está en lugar alguno porque está en todo. Y después se lo dijo a Parménides y a Aristóteles y, a partir de ellos, los hombres, hasta el día de hoy, seguimos aturdidos y sin comprender la verdad.

Sin embargo, Stelios, no sé si estamos, todos nosotros, a tiempo, todavía, de replantear la cuestión. Y, si se abren un día nuestros ojos, veremos con claridad que la trascendencia, un Dios inmóvil y eterno, primer motor, es un invento más de quienes intentan explicar con palabras lo que no saben. Quizás de quienes intentan alejarse con sus palabras de su propio miedo. Especialmente, el que afecta a la transformación de la muerte y de la huida a la nada.

XXII

PORQUE todos hemos tenido, de jóvenes, un padre espiritual, seguramente, y muchos otros también, para más estropicio, unos Padres de la Iglesia. Y, desde luego, nos metieron en un lío, absurdo e innecesario, del que no pueden salir los que sólo miran en una única dirección. Fíjate bien, nos dijeron que en el hombre hay alma (*ψυχή*), espíritu (*πνεύμα*) y razón o pensamiento (*νοῦς*). Y fijaron además las atribuciones y las cualidades de cada uno de esos elementos. Y tan panchos, quiero decir, se quedaron tan tranquilos, mientras arrastraban tras sus engaños a los hombres de siglos y de siglos. No tiene límites la estupidez.

Incluso en nuestra época, aquel poeta amigo nuestro, Kostas Tsirópulos, con quien charlábamos, delante de un café, en su librería de la calle Panepistimíu, seguía pensando lo mismo. Y yo y tú callábamos para no enojarlo.

XXIII

No sé si te enteraste en aquel momento, Stelios, de que, el día 19 de marzo de 2002, la Sociedad Griega de Traductores de Literatura me otorgó un premio especial «por la valiosa aportación a la difusión y el alcance de las letras griegas». El presidente, cuyo nombre he olvidado, me había escrito mil veces a Sevilla pidiéndome que tradujera un ensayo suyo. «Y, por favor, tradúzcalo», decía, «y, por favor, tradúzcalo». Y lo hice por pesadez y para librarme así de semejante impertinencia. En realidad, no me interesaba.

En efecto, me entregaron ese día una placa de plata, o plateada, que recibí con asco y casi en silencio. Y, como pensaba para mí mismo, confirmé que todo es mentira en literatura. Regresé a Sevilla y, en vez de colgarla en la pared o colocarla en una balda de la biblioteca, como hacen todos, la tiré antes de entrar en casa, haciéndola volar, al vientre oscuro de un contenedor.

XXIV

HE de confesarte la verdad, mi querido Stelios: siento una atracción especial, que no sabría describir ni elevar a calidad de razonable, por la palabra *ateología*. Tratado del ateísmo, tratado de lo ateo, tratado de lo sin Dios o tratado de la no creencia. Supongo que se trata sin duda, en mí, de una atracción del instinto. Una atracción de lo oscuro, de lo irrevocable, de lo impetuoso, de lo que se da en nosotros porque sí, de lo más primario y espontáneo de cuanto soy capaz de percibir en mí mismo.

Vi la palabra en letra impresa, por primera vez, en el *Tratado de ateología* de Michel Onfray, de 2006, de quien ya había leído sus estudios sobre el hedonismo cristiano y antiguo. Al mismo tiempo, aproximadamente, caía en mis manos la controversia de Gonzalo Puente Ojea con Gustavo Bueno sobre cuestiones animistas y, al instante, el diplomático expulsado de la Santa Sede se acababa de convertir, al menos para mí, en el mejor de los combatientes contra los sistemas religiosos, especialmente contra las religiones del Libro, además de haberme convencido bien a las claras del inconfesable sometimiento del Estado español a los intereses del Vaticano.

Sin embargo, aunque comprendo bien que Puente Ojea tenga obligación de acudir a un vocabu-

lario preciso, hermoso por demás, y a razonamientos pertinentes, echo en falta una bajada a los infiernos, es decir, la explicación razonada y fácil, con lenguaje llano y directo, de las ridículas supersticiones religiosas que tanto han dañado al hombre hasta nuestros días. Y no digo que lo haga para mí, que creo entenderlo más en mi capacidad poética que filosófica, sino para la inmensa mayoría que continúa pegada sin remisión a sus tradiciones y a sus mentiras seculares.

XXV

Es posible, Stelios, que no te acuerdes. Han pasado 40 años, aproximadamente, y supongo que por entonces tendrías sólo 25. Dedicué una semana entera de aquel verano a comprar en Atenas maletas enteras de libros para realizar con profundidad mi tesis doctoral sobre Seferis. Por cierto, la primera tesis que se realizaba en Sevilla sobre poesía griega contemporánea. ¿Te acuerdas?

Me invitaste a tomar café en una terraza de la calle de Jenofonte, en el centro de la ciudad, y llevaba entre las manos una edición de las *Enéadas* de Plotino que no me servirían en absoluto para mi tesis, pero que compré por puro capricho y avaricia intelectual. Iberia terminó enviándolas a Hong-Kong y desaparecieron para siempre.

Pero allí, en aquella cafetería del centro, nos reíamos como sólo se ríen los jóvenes que creen descubrir lo oculto, lo misterioso, lo indecible. Plotino nos proponía, una vez más, la existencia del Uno, del que salía el Nous, en cuanto principio divino, y de este último se originaba el alma, tanto el alma superior (intelecto) como el alma inferior. Y el alma, a la manera platónica, quedaba aprisionada en el cuerpo de cada uno. Así, el universo es la efigie de tres *hacedores*: Inteligencia-Demiurgo, Alma Inferior y

Alma Superior. Un edificio inmenso cuyos cimientos están hechos únicamente de abstracciones lógicas. Por completo inservibles. Y lo sorprendente es que todo este pensamiento tuvo abundantes frutos en los teólogos posteriores que terminaron definiendo los caracteres de la fe: lo empírico, lo no comprobable. Una estupidez más como cualquier otra.

XXVI

SÓLO desde la lucidez nos es posible enfrentarnos a la muerte. La lucidez, en efecto, sería aquel estado de la razón, ya serena y vencedora de la batalla contra los fantasmas, que se alcanza cuando el hombre comprende y, al comprender, asume su verdadero significado y sentido dentro de la naturaleza. Y, al identificarse con ella, sabe que se encuentra desde su nacimiento sometido al cambio, a la transformación. Que la naturaleza es cambio esencialmente y la muerte, en cuanto cambio, es inherente a todo lo que tiene la capacidad de existir, planta, animal y estrella.

La lucidez no atiende al pesimismo de Schopenhauer cuando aseguraba que hemos sido empujados de la nada a la existencia y de ella volvemos a la nada. Todo el pesimismo de los existencialistas que siguieron se viene abajo. La lucidez no puede, de ninguna forma, ser pesimista si atiende a los dictados de la razón de la que parte y sobre la que se ha establecido. Ni optimista. Acepta la verdad, lo comprobable, y eso le basta. Y ese estado de lucidez, que acepta y calla, debería ser el estado de cada uno de nosotros, quiero decir de todos, no del sabio aislado que se dedica a la filosofía o al estudio de los planetas.

Sin embargo, desde los sentimientos y las emociones no nos es posible enfrentarnos a la muerte de

la misma manera, con la misma aceptación serena y voluntaria en que lo hace la lucidez. Es antinatural no sentir dolor por la separación de hijos, amantes o amigos. Un dolor visceral que quema las entrañas e incluso nos repugna. Y sólo esa idea, la del despegue y el no conocimiento, en ausencia irreversible, agudiza el dolor.

Ese espacio, casi intangible, entre la lucidez y los sentimientos frente a la muerte, ha sido ocupado por el animismo de las cuevas prehistóricas y por todas las religiones posteriores, que poco a poco terminaron por arrojar la lucidez a las sombras infernales, pisoteándola incluso, para que la fe ocupara su lugar de privilegio. Y quieran, o no, las religiones y los hombres mismos, las madres solo tienen hijos para la muerte.

XXVII

POR eso, respecto a la existencia, Stelios, he repetido mil veces que no soy pesimista ni optimista. No se trata de mi manera de estar en el mundo, sino de la comprensión absoluta de la estupidez de todo lo existente. Si lo que es existe para nada, puesto que dura un instante, el individuo no posee importancia alguna. Ni siquiera la especie, en contra de lo que pensaba la crítica marxista, puesto que las especies, como vemos en nuestros días, desaparecen también irrevocablemente.

XXVIII

Y me cago, por eso, en el polvo que echaron mis padres una noche o un mediodía de septiembre de 1945. Quizás al azar, como quien nada quiere. Por puro capricho sexual para satisfacción de la carne. Mirando únicamente el instante. No más allá. Sin pensar en absoluto en las consecuencias. Y heme aquí, fruto del capricho y de las directrices de la propia naturaleza que actuaba inmisericordemente, dentro de ellos, para sí misma, sin que lo supiesen o lo comprendiesen.

Y, si cualquiera, querido Stelios, pudiese mirar alguna vez más allá de sí mismo, voluntariamente y libre de prejuicios, comprendería que tener un hijo significa, en el fondo y frente al tiempo, tener un hijo para la muerte. Y cuantos me oyen, no digo me escuchan, se escandalizan, me miran de soslayo y hacen raras muecas que no me afectan para nada.

XXIX

DECÍAS en tu última carta, Stelios, que si mi pensamiento se llevase al más implacable extremo, los países deberían dictar leyes para hacer obligatorios el preservativo y la eutanasia. No en casos concretos ni en circunstancias atenuantes. Obligatorios en todo momento y en toda circunstancia. Y aseguras que tales leyes, indiscutiblemente, nos llevarían a la desaparición de la especie.

En realidad, Stelios, no me atrevo a decir tanto. No soy ingenuo ni loco. Primero, porque tal situación constituye una verdadera utopía. Segundo, porque la percepción del tiempo, como te dije y te diré en otro sitio, es en nosotros parcial, errónea, de manera que los países ven la vida como un bien y no como una estupidez.

XXX

Es conocida por todos la teoría que estudia el arte como imitación de la naturaleza. Nos viene desde el territorio de los filósofos clásicos por culpa de Aristóteles. Hegel, en cambio, con sus armas dialécticas, separa lo bello natural de lo bello artístico insistiendo en que lo último, por ser creación del espíritu, es superior a lo primero. Podría reírme, pero no lo hago por respeto y admiración al maestro, aunque me encuentre, por temperamento y convicción, en total desacuerdo con los idealismos alemanes.

Lo bello natural, es decir, la naturaleza misma, con sus diferentes y casi infinitos elementos, no se encuentra en absoluto por debajo de lo bello artístico. Porque lo natural, expresado como un todo, engloba y traga lo particular, es decir, toda actividad humana y, por ello, el hombre no deja de ser un elemento más de la misma naturaleza, un ser natural. De manera que no puedo separar lo bello artístico de lo bello natural sin caer en una contradicción *in sensu*



XXXI

PORQUE, querido Stelios, cada vez que nos acercamos a Séneca, leemos frases que en principio nos desorientan e incluso nos irritan. ¿Cómo sentirse, según nuestra primera impresión, cuando afirma que «las cosas humanas están muy bien dispuestas: nadie es desgraciado más que por su causa»?

Me levanto de la silla, doy vueltas por la habitación y, medio confuso, me digo a mí mismo que Séneca es más ridículo aún que Platón. Las personas no son desgraciadas por su propia causa. Nadie tiene culpa de un desastre natural, de la muerte fortuita de un ser querido, de sentir hambre y no conseguir los alimentos necesarios, de no tener trabajo para paliar las necesidades primarias, del desencanto de las ideologías, del feroz consumo incoherente y despiadado, de la inanición forzosa, del aburrimiento ante los medios de comunicación. ¿Quién tiene la culpa? ¿El que padece la injusticia?

Vuelvo a sentarme. Me tranquilizo. Séneca en su juego de las contradicciones ha vuelto a engañarme en la primera lectura. Lo que en verdad quiere decir es que el hombre es desgraciado por sentirse desgraciado. El hombre sabio, el virtuoso, debe ser siempre el mismo, sin cambios de estado de ánimo, ante el placer y ante el dolor, de manera que no se sentirá

desgraciado ante la infelicidad porque asume su desgracia y la transforma en paz interior. El placer y el sufrimiento están limitados por la razón y no deben someter jamás la voluntad del hombre. Incluso llega a hablar, en términos más lapidarios, de que hemos de comportarnos con el mismo equilibrio ante un tormento físico. Resulta duro y difícil.

XXXII

PERO no sé, en verdad, si en tiempos de Séneca existían ya depresiones, enfermedades psíquicas y alteraciones de la conducta. Puede ser. O si, quizás, todos estos traumas son propios únicamente de nuestro mundo moderno. El Estoicismo de Séneca y de Marco Aurelio, el sabio y virtuoso que no se altera por la felicidad o la infelicidad, es tan utópico como impracticable.

XXXIII

LA mayor estupidez que cometí en mi vida, querido Stelios, fue vivir. Ahora que he llegado a mis 75 años, me doy perfecta cuenta. Incluso más que darme cuenta, siento dentro de mí la estupidez de vivir como una pesada piedra sobre los hombros que es imposible levantar. Porque los jóvenes y los adultos, mirando hacia adelante, sólo ven con claridad lo que tienen ante sus ojos: la huidiza hermosura de la vida, los placeres, el sexo, la diversión, la buena mesa, la fama, el dinero, el triunfo. Y, lógicamente, la naturaleza, en su constante obcecación, se sirve de esas artimañas para seguir avanzando, para seguir transformándose.

XXXIV

Y, si no me crees, Stelios, volveremos a Séneca. Qué inmensa alegría sentí, cuando volví a escucharlo, estos días o estas semanas, de una manera diferente a como lo hacía en mi adolescencia. Escucha tú también, en su *Consolación a Marcia*, cómo intenta consolar a Marcia por la muerte de su hijo. «Desde aquel día en que vio la luz por primera vez, emprendió el viaje hacia la muerte y se acercó más a su destino. Y los mismos días que se añadían a su adolescencia se restaban a su vida. Todos nos movemos en este error de no creer, si no es cuando somos ancianos y caducos, que nos dirigimos ya hacia la muerte, cuando lo cierto es que nos llevan a ella la infancia, la juventud, cualquier edad. Los hados realizan su tarea: nos privan de la conciencia de nuestra muerte y ésta, para sorprendernos con más facilidad, se esconde bajo el nombre mismo de la vida; la niñez se lleva a la infancia, la pubertad a la niñez, y el viejo hace desaparecer al joven que fue. Los progresos mismos, si los contabilizas bien, son pérdidas».

Y mira bien. Si cambias la palabra «hados» por la palabra *naturaleza*, transformación constante, darás en el clavo. Verás con claridad por qué hablo constantemente de la estupidez de vivir.

XXXV

QUÉ alegría coincidir con Séneca. Pero, aunque digamos lo mismo, soy un poco más duro que él al expresar el concepto. Exactamente cuando digo que tener hijos es tener hijos para la muerte. Según él, aunque lo diga con más ternura, vamos, así, directamente a la muerte desde nuestro nacimiento. Y, aunque todos lo saben, hacen esfuerzos inhumanos para olvidarlo, para abstraerse, para no tener presente la conciencia de la muerte. Y este olvido constante, persistente, culpable, es una especie de artimaña de la propia naturaleza, hormonas o química cerebral, no lo sé, para sobrevivir por encima y a pesar de los individuos. Para no aniquilarse a sí misma. Para que no desaparezca de ninguna manera la especie humana.

XXXVI

ASEGURAS en tu última carta, Stelios, que mi manera de concebir la realidad tiene mucho que ver con el absurdo de Bertolt Brecht y con el existencialismo de entreguerras. Sin embargo, no me he referido únicamente, en estas páginas, al absurdo, a la estupidez de los comportamientos humanos, que lo son sin duda, especialmente los religiosos y los sociales, sino a la propia estupidez de todo lo que vive, al proceso mismo de la existencia, al proceso de la evolución, al continuo proceso de la transformación, a la continua desaparición del individuo en cuanto hombre, animal, planta, planeta y estrella. Nada es el individuo.

Y no pretendo tampoco, como los existencialistas, vivir en la angustia, ser en la angustia. *Carpe diem*, dijeron los otros. Sólo me refiero al hecho de ser consciente de la estupidez de lo existente y del alejamiento personal de las creencias seculares que llevan al hombre a vivir en la mentira y la ridiculez.

XXXVII

MI querido Stelios, ¿quién se atrevería hoy a leer al escocés David Hume bajo la presión de la prisa contemporánea, las redes sociales, la velocidad de la información y la carencia de sentido crítico? Son malos tiempos para la filosofía y, a veces, pienso que se lo merece por el alejamiento de la realidad que entrañan, bastantes veces, los planteamientos filosóficos. ¿A quién puede interesar hoy la sustancia del yo, las elucubraciones sobre si *el egoísmo humano, que vuelve molestos a los hombres entre sí, produjo las reglas de la justicia y fue el primer motivo de su observancia?*

Al menos, quedémonos con la aseveración de Hume de que la teología es vacía e ilegítima desde el punto de vista de la experiencia.

XXXVIII

PORQUE mira qué estupidez y, al mismo tiempo, qué asco. Un espermatozoide fecunda un óvulo y, ¡zas en toda la boca!, eres tú. No eras, pero ahora eres. Y empiezas a hablar y a conocer lo que te rodea. Y te pones enfermo para crear tus sistemas de defensa. Después, días interminables de estudios, años de lecturas. El aprendizaje de tu propia tradición. Más tarde, un trabajo, casi siempre alienante, para comer y vestir. «¡Yo me alquilo por horas! ¡Yo me alquilo por horas!». Y pasan los años. Se oxida el cuerpo y va cerrándose lentamente, a veces de golpe, el círculo de tu vida. Y dejas de ser. Y ¿no es estúpido todo el proceso?

XXXIX

Si piensas, Stelios, que el creacionismo sólo tuvo lugar en EEUU, te equivocas sin duda alguna. Te cuento. Tuve que dar clases de Latín durante algunos meses en un colegio que el Opus Dei tenía en los alrededores de Sevilla. Ciudad mariana por excelencia. Se trataba de hacer algunas horas extras porque ganábamos entonces poquísimo en la Universidad Laboral. Mi única intención era pagar los muebles que había comprado para mi piso recién estrenado.

Omito, porque a nadie interesa, las costumbres internas del colegio sobre los horarios de las confesiones y de los rosarios. Siempre coincidían con las clases de latín. Pero el caso es que un buen día se me ocurrió hablar a los alumnos, poquísimo y no recuerdo por qué motivo, sobre nuestra procedencia del mono. Al día siguiente, el director me llamó a su despacho, con muecas serias en el rostro, y me dijo: «José Antonio, ayer vinieron algunos padres de alumnos y protestaron enérgicamente porque tú te atreviste a decir que el hombre procedía del mono. A mí, personalmente, no me afecta en nada tu pensamiento, pero te aconsejo que no vuelvas a mencionar nada de eso delante de los alumnos. Es más, te lo prohíbo. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. No quiero problemas en el centro». «Sólo fue de pasada», le contesté, «no

hablé con profundidad de Darwin ni del origen de las especies».

Nada más terminar de pagar mis muebles, me marché del centro para siempre.

XL

No fui consciente del instante de mi nacimiento. Quiero decir que no me di cuenta de que venía al mundo, de que llegaba a mis padres, a mi casa, a los míos. Y, si tampoco tendré dominio sobre mi muerte (ausencia de dolor y de conciencia), este viaje de la *nada a la nada* habrá sido sencillamente la creación y la desaparición de una individualidad en un tiempo concreto. Podría decir que el proceso es estúpido, pero que forma parte, al mismo tiempo, del proceso general de la naturaleza, de la transformación y el cambio, propios de la imperfección y la estupidez. Lo acepto con mi razón pero lo vomito con mi sentimiento.

XLI

CUANDO en mis cuadernos anteriores, escritos entre 2010 y 2011, me referí a la delectación que sienten muchos ante el sufrimiento ajeno, incluso ante la muerte, mientras contemplan vídeos escabrosos e inmorales en sus ordenadores o en sus teléfonos móviles, no sabía que, por entonces, Michela Marzano publicaba *La muerte como espectáculo* (Tusquets, 2010). Incluso llegué a hablar por aquellos días, aunque brevemente, de la responsabilidad ética de los cámaras, de los fotógrafos y de las cadenas de televisión en semejantes emisiones. Me referí, además, a la muerte como espectáculo en el toreo y a la degradación de los foros en la prensa digital, pero no volveré a ello para no desviarme.

No me interesan en absoluto los términos *snuff movies* o *hyper-hard*, porque me encuentro lejos de la globalización lingüística y porque tengo en castellano palabras bellísimas para definir lo mismo.

Sin embargo, acepto plenamente las premisas de las que parte Michela Marzano para realizar su estudio: «el desdén por el dolor ajeno», el «odio en los foros» y la «indiferencia ante la barbarie». Mi pensamiento, no obstante, camina en la dirección de la ética individual, de la ética colectiva y de la ética de los medios. Cuando uno cualquiera de estos ele-

mentos se altera o desaparece, la sociedad en general y los estamentos políticos que admiten esta manera de no-ética caen en el pozo profundo de la deshumanización y, por tanto, en la repulsión del humanismo por el que tantas personas escribieron y lucharon.

La contemplación de la muerte como espectáculo no es nada nuevo para nosotros, aunque es verdad que los medios tecnológicos facilitan hoy, incluso individualizan, esta contemplación. Los juegos en Roma, los ajusticiamientos de la Inquisición, la indiferencia ante el sufrimiento de la esclavitud, ciertos casos de genocidio y un largo etc. fueron también contemplación de la muerte como espectáculo. Y uno de los más sangrantes episodios de la contemplación placentera de la muerte, por cierto, fue la perversión de James S. Jameson, en 1888, que regaló a los caníbales africanos a una niña de diez años, adquirida a sus padres a cambio de seis pañuelos, con el único propósito de ver y pintar, no recuerdo si a lápiz o acuarela, el descuartizamiento en vivo de la infeliz, a base de sufrimiento, y su posterior ingestión. Como si dijéramos, el espectáculo de la muerte en cuanto sustento de la experiencia personal y, especialmente, artística.

XLII


PORQUE las redes sociales, Stelios, demuestran a las claras el inmenso aumento de la soledad individual. Algo parecido a la masturbación. Porque algunas sirven únicamente para expresar la vanidad de nuestros actos, ediciones de libros, conferencias, presentaciones, premios, etc. Otras, en cambio, permiten la expresión de opiniones, casi siempre irreflexivas y llenas de ignorancia. O la expresión de ideologías que, en la mayoría de los casos, provienen de la obcecación y de la falta de análisis. Y, si atendemos a las últimas investigaciones de los psiquiatras, semejantes redes terminan por multiplicar la fobia social de los usuarios.

XLIII

EL pensamiento del danés Søren Kierkegaard me parece la mayor constatación del pensamiento impotente, castrado, de nuestros tiempos. No por su físico, jorobado y con piernas dismétricas, por lo que fue satirizado en vida. Nada me importan ni el cuerpo ni la apariencia de los pensadores. Ni de los no pensadores.

Sólo quiero decir que la influencia de su padre, obsesionado por aspectos religiosos, desvirtuó la dirección de un camino que hubiera conseguido hacer progresar el pensamiento europeo. Ni su sentido de la angustia, ni su pensamiento sobre el hombre consiguieron volar más allá de los planteamientos de la fe. Consisten en dar vueltas y vueltas sin traspasar la frontera. En criticar lo malo del cristianismo, la hipocresía por ejemplo, para hacer aparecer al Cristo verdadero.

La angustia se nos da en Kierkegaard únicamente como el hecho de tener que elegir entre dos supuestos, en el hecho de la elección misma, pero nunca en el hecho de soportar una existencia involuntaria, ridícula y absurda. Me cuesta trabajo entender por qué se le llama con frecuencia precursor o padre del existencialismo.


Escribe el 24 de septiembre de 1855 (se desvanece en la calle el 2 de octubre y muere el 11 de noviembre): «Sólo los hombres que, llegados a ese punto de aversión hacia la vida, pueden, asistidos por la Gracia, afirmar que Dios lo hace por amor..., sólo esos han madurado para la eternidad» (*Kierkegaard, estudio introductorio de*  Darío González, Madrid, Gredos, 2010, pág. XXXV).


El hecho de no querer recibir la comunión en su lecho de muerte no significa que renunciara a sus creencias cristianas, sino su oposición a la curia.


De todas formas, entre las muchas frases suyas que circulan incluso en numerosas páginas de internet, encontramos la siguiente: «El ser humano es una síntesis de lo temporal y lo eterno, de lo finito y lo infinito». Me muero de risa y pienso, para mis adentros, que el pobre se sintió orgulloso de su genial descubrimiento. El descubrimiento de la estupidez.

XLIV

EN mi adolescencia, me convencieron de que los Padres de la Iglesia veían con buenos ojos la lectura de los autores clásicos griegos. Especialmente Basilio el Grande en una de sus homilías o sermones. Fue pasando el tiempo y leí bastante sobre las relaciones amistosas que mantuvieron en Atenas Juliano el Apóstata, el propio Basilio y Gregorio de Nacianzo. Mi atención, en verdad, siempre se decantó por el lado de Juliano en detrimento de Basilio y de Gregorio. Sin embargo, no llegué a leer jamás aquel sermón, o lo que fuese, de Basilio, por dejadez seguramente, quizás por las dificultades que entrañaba acudir a la biblioteca del Palacio de San Telmo, en Sevilla. Sabía, por entonces, que era la única biblioteca cercana en donde podía encontrar la *Patrología griega* de Migne.

Hace algún tiempo, para mi estupor, pude bajar de internet, no sé de dónde, casi al azar, aquella *Patrología griega* de Migne, editada en París en 1885, y, para mi admiración y  alegría, también la *Suda*, la monstruosa enciclopedia de finales del siglo x, con 30 000 entradas, que nunca había podido manejar en mis desordenados estudios y lecturas sobre la literatura clásica y bizantina.

 es la ingente aportación de internet, de la tecnología moderna en general, al conocimiento hu-

mano. No las redes sociales, ni las infinitas aplicaciones, ni la pornografía, ni los blogs, ni los juegos que invaden la red. Dos joyas como  justifican, por sí mismas, las bondades de mi ordenador.

XLV

EN la primera revisión médica, tras mi infarto, el cardiólogo me aseguró: «Debe cambiar de vida». Asentí y contesté: «Pero es bastante difícil cambiar de carácter». El médico continuó: «Y en cuanto al sexo...», miró atentamente los papeles, «ah, no tiene usted problemas porque es soltero y, así, no tiene que conceder a nadie el débito conyugal». Se me quedó cara de estúpido y salí de la consulta en silencio.

XLVI

Y, como era previsible, busqué en la *Patrología griega* aquel sermón de Basilio del que tanto había escuchado hablar. Con más esfuerzo del que imaginaba, porque los tomos de la obra superan con frecuencia las 1500 páginas y, además, cada columna escrita en griego lleva su traducción latina en otra columna paralela. Nada más leer el verdadero título del sermón comencé a comprender: «ΠΡΟΣ ΤΟΥΣ ΝΕΟΥΣ (19), Ὡπως ἂν ἐξ Ἑλλη- νικῶν ὠφειλοῖντο λόγων» («A LOS JÓVENES (19), Cómo deberían sacar provecho de los textos griegos»). En efecto, no se trataba sencillamente, como todos me decían en mi adolescencia, de una serie de «incitaciones para que los jóvenes estudiaran literatura clásica». Al contrario, el sermón consistía en enseñar a leer los textos griegos de acuerdo con la fe de Basilio y sólo desde su perspectiva religiosa.

Propondré, a vuela pluma, sólo dos ejemplos. A lo largo de su sermón, Basilio recurre a personajes y autores griegos de los que pueda sacar alguna enseñanza prefijada. Entre ellos, por no citarlos todos, figuran Hesíodo, Ulises, Teognis, Pródico, Clínias, Pitágoras, Marsias, Olimpo, Diógenes, Fidias, Policleto, Arquíloco... Como primer ejemplo, podríamos tomar la recurrencia a la figura de Ulises en tierra de los feacios. Ulises ha naufragado y ha sido arro-

jado por las aguas, sucio y desnudo, a las arenas de la playa. Unas muchachas lo encuentran y llaman a Nausicaa. Ni Ulises ni Nausicaa se sienten avergonzados de la desnudez y respetan sus cuerpos. Basilio nos hace ver que Ulises estaba revestido de virtud y esa virtud era su ropaje. Nos dice textualmente: «ἐπειδήπερ αὐτὸν ἀρετῇ ἀντὶ ἱματίων κεκοσμημένον ἐποίησε» («puesto que iba revestido por la virtud en vez de por ropajes»). Sin embargo, no dice para nada que Ulises en Homero representa la astucia, el engaño, el doble juego. A Basilio no le interesa.

El siguiente ejemplo nos conduce a Alejandro Magno. Basilio considera como virtud excelente su moderación, su respeto ante las hijas de Darío que habían caído en su poder. Así: «Οὐκ ἂν παρέλθοιμι τὸ τοῦ Ἀλεξάνδρου, ὅς, τὰς θυγατέρας Δαρείου αἰχμαλότους λαβὼν, θαυμαστόν τι οἶον τὸ κάλλος παρέχειν παρτυρουμένας, οὐδὲ προσιδεῖν ἠξίωσεν· αἰσχρὸν εἶναι κρίνων τὸν ἄνδρα ἐλόνα γυναικῶν ἠττηθῆναι» («No podría omitir el acto de Alejandro, quien, habiendo tomado como prisioneras a las hijas de Darío, dotadas de una admirable belleza, no consideró digno ni mirarlas. Juzgaba que era vergonzoso, tras haber vencido a los hombres, ser derrotado por las mujeres»). ¿Un Alejandro moderado? Alejandro destruyó ciudades enteras, mató a sus pobladores, mujeres y niños, cada vez que le oponían una dura resistencia. Me acuerdo ahora de la ciudad de Tebas en la que sólo dejó en pie la casa de Píndaro. ¿Moderado? Ni

siquiera parece conveniente, por sabidas, comentar las licencias sexuales de Alejandro.

Basilio habla también de las magníficas creaciones escultóricas de Fidias (y de Policleto), pero omite tanto las noches de amor de Praxíteles en el templo con la bella hetaira Friné, como la destrucción de las estatuas que llevaron a cabo los fanáticos del primer cristianismo. Y menciona a Platón, como era lógico, pero olvida el atomismo de Demócrito, el ateísmo de Jenófanes, la oposición de Aristóteles a las Ideas absolutas y a tantos otros pensadores que no se avienen en absoluto a sus propios intereses religiosos. No incita, así, a la lectura de los clásicos, sino a sacar de ellos lo que conviene a sus fines. Me hace gracia, sin embargo, que al final del sermón, para demostrar la longevidad de quienes fueron virtuosos, cite a Titono, esposo de Eos, convertido finalmente en grillo por culpa de su eternidad, y a Argantonio, rey de Tartessos, que llegó a vivir 120 años (lo dice Heródoto en sus *Historias*).

A mí, por lo menos, Basilio el Grande sólo consiguió reafirmarme en mi visión de la estupidez.

XLVII

ME senté un buen día en una terraza de los bares que rodean el mercado de Vila Real de Santo António, en el Algarve portugués. Pedí un *café pingado*, como siempre, y me puse a leer el *Diário de Notícias*, que se edita en Lisboa. Al poco, un portugués de edad indefinida, un poco mayor, casado, vino a sentarse en una mesa contigua. Pasaron algunos minutos. Y, puesto que estaba solo, como yo, comenzó a entablar la consabida conversación de los acercamientos, es decir, de dónde eres, hablas portugués, a qué te dedicas, etc.

Con mi pasión por las lenguas, en cuanto filólogo, seguí la conversación en su propia lengua. Hablamos de Portugal y de España, de política, de economía, de la fruta portuguesa venida a menos, de los quesos de su tierra, del vinho verde y de la ginja. Al cabo del tiempo, fue creciendo su confianza en mí y, finalmente, no dudó en contarme su más secreto vicio.

Todos los domingos a las doce de la mañana, mientras su mujer iba a misa, conectaba con los amigos, no recuerdo si por Messenger o por WhatsApp o por cualquier otro sistema. En efecto, cada domingo conectaba, como digo, con un amigo, siempre un amigo diferente, y terminaban los dos masturbándose uno frente a otro. Al parecer, en cuestiones de sexo, las cámaras de los ordenadores y de los

teléfonos hacen milagros. Y, puesto que no podía contenerse, aquel acto repetido se había convertido para él en un vicio imperdonable. Además, lo tenía asociado a la misa.

Argumenté que había desnaturalizado el sexo, que yo no podía imaginar qué placer sacaba de su soledad ante la cámara, que sus actos carecían del calor de la caricia, de la proximidad del beso. Con los ojos bajos, terminó diciéndome que era la mayor estupidez que había cometido en su vida. Era algo estúpido, admitió. Pero estaba enganchado.

XLVIII

COMO en las clases de quinto curso, en el Seminario de Pilas, habíamos conseguido hablar en latín mal que bien, es decir, unas veces con bastante soltura y otras con cierto aturdimiento e indecisiones, el profesor se sintió un día completamente convencido del nivel de nuestro aprendizaje y nos puso a traducir el argumento de San Anselmo para probar la existencia de Dios. Era una fotocopia que había hecho de la *Patrología latina* de Migne y que había traído, nada más y nada menos, desde la magnífica biblioteca del Seminario de San Telmo en Sevilla a la que me referí más arriaba. Se trataba de los capítulos II y III de su *Proslogion*.

Es verdad que este *argumento ontológico*, el nombre es de Kant, pudo basarse en Séneca, pero lo cierto es que el opúsculo de Anselmo tuvo en vilo a toda la Escolástica y consiguió la admiración, en favor o en contra, de miles de páginas de filósofos, de creyentes, de curiosos, de ateos e incluso de lingüistas especializados en el verbo ser. Simplificando mucho, todo estriba en admitir, o no, si lo que se da en el pensamiento tiene que darse en la realidad, en la existencia, y si se debe razonar lo que se cree de antemano o se debe creer lo que se razona.

Sin embargo, a los catorce años todo eso te daba igual. Lo divertido era pasear por el jardín, con tus

mejores amigos, papel en mano, intentando comprender las comparaciones latinas para darles su sentido en castellano, las oraciones de relativo que eran sujeto de la principal o predicado nominal del verbo ser y dificultaban la comprensión, los matices de las partículas y aquel orden especial de las palabras que debía respetarse. Pero, aunque bien comprendíamos la seriedad del tema, nos reíamos con buenas intenciones, gozábamos del placer de la discusión y nos divertíamos cuanto nos era posible con aquel rompecabezas.

Se partía de la premisa del capítulo anterior (II) «nada mayor que lo cual puede ser pensado», para desembocar en el famoso trabalenguas (III): «Todo esto es tan cierto que no puede pensarse que no exista. Puede pensarse que existe algo que no puede ser pensado como inexistente, lo cual es mayor que lo que puede pensarse como no existente. Así, si eso mayor que lo cual nada se puede pensar se puede pensar que no existe, esto mismo mayor que lo cual no podemos pensar nada no es aquello mayor que lo cual nada podemos pensar; lo que es contradictorio. Así, pues, existe verdaderamente algo que mayor no puede ser pensado, de manera que no puede pensarse que no exista».

La existencia de Dios quedaba probada. Sólo quedaba asentir. Es como si dijéramos más fácilmente: «El rascacielos mayor que pueda pensarse no puede pensarse que no exista». La realidad, en cambio, es que no existe.

XLIX

ERAN pensamientos de mi adolescencia y de mi primera juventud. Mucho tiempo después, descubrí que David Hume, escocés e ilustrado, en sus *Diálogos sobre la religión natural*, publicado póstumamente en 1979, llegaba a mis mismas conclusiones. Él desde pensamientos filosóficos, enrevesados a veces, yo, desde la simple intuición de un joven que empezaba a vivir sus pensamientos extraviados.

L

Y ¿por qué no puedo tener, en mí, la libertad de hacer el mal, incluso el libre poder de hacer el mal? Y no pienso en el *Calígula* de Camus. Lo pregunto únicamente porque, si me identifico con lo natural, con la naturaleza misma, en la muerte y en la transformación de mi cuerpo, con destrucción incluso de mi yo mismo, debo ser también indiferente al bien y al mal. En efecto, la naturaleza es totalmente indiferente al bien y al mal. No tiene la más mínima conciencia del ser ético.

LI

Y, si vivo entre los hombres, ¿estoy obligado a ser ético? No me vengas con cuentos de viejas y soñadores. Si vivo entre los hombres fue por azar. No pedí vivir entre ellos. No fue, para mi tormento, nada voluntario ni asumido. Por tanto, no tengo obligación alguna de ser ético. En cuanto que soy naturaleza.

Sin embargo, crecí, me enseñaron y me educaron en la ética. Y llevo en mis hombros, por eso, una carga pesada de transportar de un sitio para otro. Desde la sentimentalidad hasta la razón.

LII

Es frecuente hoy día que, cuando alguien ataca a la religión de la manera que sea, pancartas, pintadas, desnudos, gestos, manifestaciones, se diga una y otra vez, ante jueces o ante instituciones, que, con todo ello, se ataca directamente a los sentimientos religiosos. Una forma, como otra cualquiera, de mezclar lo que no puede mezclarse.

La religión nunca puede ser un sentimiento. No hay un sentimiento religioso como tampoco existe un sentimiento ateo. El sentimiento, aunque mucho más duradero que la emoción, cambia a lo largo de la vida y se altera frente a las motivaciones externas. Fluye como fluye la vida. Al contrario, la religión se circunscribe a la voluntad, es decir, a la fe en cuanto afirmación de la voluntad del creyente. Y, si la fe es un acto de la voluntad, la religión nunca puede ser un sentimiento.

LIII

DE esa manera, entonces, no puede haber un sentimiento religioso. En cambio, podemos pensar que lo que llaman sentimiento religioso es un simple deseo de propiedad. Es decir, mi credo está por encima de cualquier otro credo y esa propiedad de mi credo, sentido como un bien absoluto, incluso como instrumento de salvación, se convierte fácilmente en sentimiento. Y se trata de un sentimiento idéntico en las tres religiones del Libro.

Otros aseguran que ese sentimiento religioso se hereda de padres a hijos y que constituye simplemente una especie inconcreta de tradición. La razón, en cambio, se opone a una creencia basada en tradiciones y no en la reflexión y el conocimiento.

LIV

Y, si aceptamos que la religiones no constituyen sentimientos, sino expresión de la voluntad del hombre, en cuanto fe, debemos aceptar también que sólo pueden darse en el ámbito de lo personal, de lo íntimo, de lo privado, puesto que la relación Dios-Hombre sólo afecta al individuo concreto.

Por ello, cualquier manifestación externa de una religiosidad concreta rompe esa relación Dios-Hombre, esa relación que sólo afecta a lo íntimo, a lo privado. Pretende, en lo colectivo, alzarse a la categoría de Verdad, para imponerse a las otras posibles verdades. Es evidente que puede, así, herir la sensibilidad de los que practiquen una religiosidad diferente. O herir también la no religiosidad del ateo.

Sería conveniente, desde este punto de vista, que los estados laicos prohibiesen tales manifestaciones. Y puesto que, como decimos, la religiosidad pertenece al ámbito de lo íntimo, de la fe personal, tales estados deberían, de la misma manera, prohibir nuevas edificaciones de iglesias, mezquitas, sinagogas e incongruencias similares.

SÉ bien, mi querido Stelios, que nada de todo esto debe decirse en Grecia. Esperemos unos años y veamos si la libertad de opinión arraiga un poco más en las conciencias. Imagínate, si lo hiciésemos, qué pasaría en un país, el tuyo, en el que se originó una batalla ingente, aunque incruenta, entre quienes defendían que constara en el carné de identidad la religión del individuo, ortodoxa desde luego, y los que consideraban que no debía ser en absoluto obligatoria la expresión de la confesión religiosa. O, más recientemente, con la pandemia, cuando los obispos aseguran que los creyentes, en los templos, están protegidos de la enfermedad por la mano divina y que a ninguno podría alcanzar la enfermedad en el ejercicio de la liturgia y de la comunión.

QUIZÁS estés cansado, querido Stelios, de escuchar tantas impertinencias de mi parte: que la vida es una mierda, que la vida es una estupidez mayúscula, que la vida es un instante, un continuum, y que no merece nuestra atención. A pesar de ello, te aseguro que el joven debe estar preparado para la vejez y para la muerte. Cicerón asegura que «toda esa situación debe ser meditada desde la juventud para que no nos preocupe la muerte, sin cuya mediación nadie puede gozar de una perfecta tranquilidad de ánimo» (*De senectute*, 74).

¿Cómo hablar, sin embargo, a quien no quiere escuchar? Los que creen en dioses y quimeras hacen descansar sus esperanzas en otra vida y, seguros de sí mismos, no tienen por qué atender. Ni por qué atendernos ni a ti ni a mí. Al contrario, los que no creen se sienten en posesión de una fortaleza a veces equívoca y, con frecuencia, infructuosa, y no atienden a nada que vaya más allá de sus convicciones. Todos, en cambio, dejan para mañana el estudio de la muerte y, por supuesto, el estudio de sí mismo en el alma del otro, como quería Platón.

LVII

CUANTOS se oponen, dicen que por conciencia, a la eutanasia son también producto indiscutible del creacionismo, como los antipreservativistas y los antiabortistas, puesto que sitúan la vida por encima del individuo y la consideran como un bien mayor al que no se puede renunciar en absoluto. Puesto que Dios creó, creó también la muerte. Dios, que da la vida, también debe quitarla. Y todos tan contentos.

LVIII

LA verdad, en cambio, es que tú y yo somos únicamente producto del azar. No somos en absoluto cachorrillos divinos de la Providencia. Un solo espermatozoide que, entre los 25 millones de cada eyaculación, penetra en el óvulo. Y a este azar lo llaman proyecto divino. El proyecto de Dios que te da la vida y te da la muerte.

Claro que no faltan los optimistas que aseguran que tú y yo tuvimos la inmensa suerte de ser ese único espermatozoide. Uno entre los millones que se quedaron para siempre en la nada. Desgraciadamente, ese optimismo cae por sí solo en el abismo de la contradicción.

ME referí al Corán (*Cuadernos*, I, 45) desde un punto de vista literario exclusivamente, en los que coincidí con algunos pensamientos de Carlyle, y debo confesar que, para no meterme en trabajos agotadores, estudios comparativos, realidades y enigmas históricos, fui demasiado benevolente con la figura de Mahoma, de quien sólo recordaba lo aprendido en mi adolescencia en el primer curso de Facultad.

Ahora me siento bien, en cambio, porque he llegado a conocer una historia resumida del ateísmo musulmán, al mismo tiempo que las hipócritas defensas que hicieron de semejante religión los amantes europeos de ese edificio religioso con mala cimentación. Y, para ejemplo, el entusiasmo de Foucault, después del 14 de febrero 1978, ante los sucesos de Irán en los que murieron poetas y periodistas, como Said Sultanpour y Rahman Hatefi, por lo que dio en llamarse «espiritualidad política».

El monoteísmo de las religiones del Libro, evidentemente, sólo puede definirse por la violencia que ejerce su verdad sobre las verdades de otras creencias, extrema violencia, por lo demás, de la que no están ausentes matanzas y persecuciones. El monoteísmo, para ser, para darse, para extenderse, sólo puede actuar contra todo lo que se le oponga. Es

el único medio para establecer sus fines. Incluso Schopenhauer llegó a afirmar que «lo cierto es que la intolerancia es esencial al monoteísmo».

La pluralidad de dioses, todo el politeísmo antiguo, más propio de la poesía que de la fe, es ampliamente tolerante porque entiende que todas las desviaciones humanas son posibles cuando el hombre intenta explicarse a sí mismo el mundo y la finitud. Especialmente, la muerte.

RESULTÓ desagradable en extremo, Stelios. Al morir mi querido amigo Juan Delgado, poeta nacido en Riotinto, sus hijos y su mujer pidieron que lo metieran en un ataúd sin símbolo religioso alguno. Conocían bien el ateísmo y el anticlericalismo de su padre. La funeraria, según dijeron durante aquellas horas, no pudo encontrar en toda Andalucía un féretro sin crucifijo. Semejante féretro, por lo que vimos en aquel momento, es impensable en esta tierra embalsamada con aromas de fe y de supersticiones.

Así que, ante la terquedad de la familia, depositaron un ataúd en el suelo y se dedicaron, en pleno velatorio, a martillar, a desenroscar, a tirar hacia arriba del citado crucifijo. Hasta que, finalmente, consiguieron que la tapa estuviese libre, por completo, de símbolos. La realidad, con frecuencia, es tan estúpida como la vida misma.

LXI

CUANDO leo poesía contemporánea, observo, entre decepción y tristeza, que los poetas se han olvidado, casi definitivamente, de la metáfora. Es posible que las razones debamos encontrarlas en dos o tres actitudes modernas: la tendencia a imitar la sociedad en la que vivimos, sus prisas, su falta de reflexión, su estilo directo en las expresiones, con las que se piensa que es más fácil la comunicación; la ausencia completa de sentimientos líricos, tras la irrupción de poetas como Kavafis, Eliot y tantos otros; la trivialización del yo sintiente; la persecución de lo fácil, de lo trivial, de lo sumamente manido y artificioso; el olvido de las diferencias esenciales entre la poesía y la prosa, con la siguiente desaparición de sus propios límites; la no aceptación de la música y el ritmo inherentes a la poesía.

Y no necesito elevarme a conceptos grandilocuentes como los de Heidegger, cuando afirmaba que «lo metafórico no existe más que en el interior de la metafísica» o que ha de entenderse la metáfora «como transferencia de lo sensible a lo inteligible». Hablo de poesía y no de abstracciones filosóficas ni de ontologías sin límites, es decir, me quedo únicamente en el terreno de lo sensible, de la expresión de belleza y de verdad en mi propia lengua, que es en definitiva uno de los placeres más intensos de los sentidos y del intelecto.

LXII

HEMOS hablado ya, Stelios, de Kostas Tsirópulos y de su librería en la calle Panepistimíu, en el centro de Atenas. Allí se reunían por la mañana, todos los sábados, los escritores griegos de diferentes generaciones y nunca faltaba el café entre los tertulianos ocasionales. Conocí allí a poetas de la Segunda Generación de Postguerra, entre ellos a Frangópulos, a poetas de la llamada Generación de los 70, como Vasilis Laliotis, Ilías Kefalas, Andonis Fostieris y tú mismo, y a poetas más jóvenes como Dimitris Angelís. Casi todos ellos colaboraban asiduamente en la revista *Efthini* que dirigía Tsirópoulos.

Pero lo más curioso fue que allí mismo nació en mí la idea de elaborar en castellano la más extensa antología de poesía griega editada hasta el momento. Tsirópulos se puso a trabajar con ahínco y consiguió que innumerables poetas me mandasen a Sevilla sus libros. Cientos y cientos de libros que, con el tiempo, terminé regalando a un instituto de Sevilla porque me fue imposible darles acomodo en casa.

Y sólo así conseguí editar, con más de 800 páginas, la *Antología de la poesía griega. Desde mediados del siglo XI hasta nuestros días*, en Ediciones Clásicas, en Madrid (1997). Pero jamás supe el recorrido que tuvo la antología en el mundo literario

griego. Ni una palabra de los escritores, ni de la Academia, ni del Ministerio de Cultura. Un trabajo inmenso en el vacío.

Finalmente publiqué en Sevilla el ensayo de Tsirópulos *Sobre la ternura* (Padilla Libros) y terminé perdiendo todo contacto con él cuando dejó de reconocerme por teléfono. Eso supone el Alzheimer y la estupidez de vivir.

LXIII

TSIRÓPULOS era oriundo de Lárisa, trabajó en la banca, colaboró activamente durante toda su vida con la Iglesia Ortodoxa y con Ioana Tsatsou, hermana de Seferis, en cuanto empedernido creyente, hasta que terminó entregándose de lleno a la poesía, a su librería y a su revista. Fue, además, crítico severo contra el consumismo innecesario de nuestra época.

Pero conservo de él algo que me hizo reflexionar durante algún tiempo. Su madre, tras cuya muerte le levantó una magnífica capilla en el cementerio de Lárisa, solía decirle: «No cuentes nunca a tus amigos penas y sufrimientos, porque los cansarás, se reirán de ti y se alegrarán de tus males. Cuéntales siempre el lado amable de la vida para que te respeten».

LXIV

PORQUE sabes tan bien como yo, Stelios, que en el mundo de la literatura, como del arte en general, todo es mentira. Lo bueno y lo malo no importan a nadie. Ni siquiera a la crítica, que se contenta siempre con hablar de la temática, en novela o poesía, pero jamás del lenguaje, de la perfección formal y de la utilización de adjetivos o sustantivos. Y se olvida, desde luego, de que la literatura es palabra, es lengua, no es sólo temática, porque todo vuelve a repetirse una y otra vez desde los antiguos. *Nihil novum sub sole.*

Si das una conferencia, si lees tus poemas en cualquier sitio, si eres jurado de algún premio, si presentas un libro, si editas cada año un libro de poemas o una novela, si te entrevistan en periódicos, en televisión o en la radio, sólo lo haces por el número de amigos que tienes en tu agenda. La bondad o la maldad de la obra no intervienen para nada en estos menesteres. Recuerdo siempre una frase de nuestro desaparecido amigo Rafael Gómez Ribera: «Hay que tener amigos hasta en el infierno para que te salven de las llamas».

PUESTO que a los doce años nos enseñaban, bien que mal, francés, inglés, latín y griego, tuvimos ocasión de leer el *Médico a palos* de Molière, desde luego con la indiscutible ayuda del profesor. Y, por carácter desde luego, no por obligación alguna, aprendí una frase que me he repetido a mí mismo hasta la saciedad cuando la ocasión lo requería. Decía: «Muchos adquieren fama de doctor no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demás».

La he aplicado siempre a catedráticos, conferenciantes, poetas, novelistas, políticos, filósofos y tertulianos en radio y en televisión. Y no te imaginas, Stelios, con qué claridad observo entonces los gestos, las poses, los movimientos, la intención de captar voluntades de cada uno de ellos, de ser el centro de todo a pesar de la ignorancia. Con qué claridad y, al mismo tiempo, con qué indiferencia.

LXVI

DURANTE estos últimos años, un número ingente de personas incita a todos los demás a la lectura. ¡Qué curioso! ¿Se trata de mejorar el comportamiento humano en general, por medio del saber? ¿De vender libros solamente atendiendo a la industria competente? ¿De la vanidad del que escribe y enseña en las redes sus publicaciones a diestra y siniestra?

Sea como sea, dime, Stelios, quién aconseja la lectura de libros y te diré el objeto de su proclama. Te diré por qué lo aconseja. Y, como no creo en altruismos intelectuales, me sonrío y me retiro.

LXVII

PORQUE, además, he dicho alguna vez que todas las artes son un adorno, un subterfugio, un atavío, unos ropajes con que se viste el hombre mientras vive. La lectura, el saber, no constituye excepción. Sirve únicamente como elemento de comunicación del ser pensante, como intento de purificación a través del conocimiento y, si se me apura, como vehículo de mejores comportamientos sociales. Sin embargo, un alzheimer, un ictus, una demencia senil terminan inevitablemente con el saber, con el conocimiento. Como las artes. La lectura, por tanto, es individual, personal, intrascendente y limitada. No tiene valores absolutos ni interés alguno para la naturaleza que se transforma.

LXVIII

CELEBRAR el día del padre, celebrar el día de la madre, ¿para qué? He aprendido a separar muy bien mis sentimientos respecto a mis padres de mis criterios intelectuales respecto a ellos. Hablo de emotividad frente a razón. Emotivamente, los quise por el afecto, la relación, el aprendizaje de cuanto me rodeaba, por la lengua, por cuanto dejaron en mí sin pretenderlo. Pero en mi razón, en cambio, son culpables de dejarse llevar por los mandatos de la naturaleza, la continuidad de la especie, y haberme hecho partícipe de la muerte, de la anulación de mi yo.

LXIX

No sé, Stelios, si en Grecia se habla ya abiertamente de *discultura* en oposición a *cultura*. Este pensamiento, al parecer, se va extendiendo lentamente por Occidente aunque no me he entretenido todavía en pensar si el término se aviene con exactitud a lo que pretende significar. Ni me preocupa ni me importa.


Se trata de establecer una dicotomía entre la cultura verdadera, es decir, aquélla que hace avanzar al hombre en la consecución de los derechos humanos y animales, y la discultura retrógrada, involutiva y añeja que retrotrae al hombre a períodos históricos y mentalidades inconfesables. Con un solo ejemplo, a mi parecer, quedaría clara la diferencia entre los dos términos. ¿Sería cultura o sería discultura la ablación tradicional del clítoris? La respuesta, en éste y en muchos otros casos, vendría dada por la subjetividad que proporcionan la posición geográfica, cultural e ideológica de cada individuo. En cambio, si partimos únicamente de la consecución de los derechos humanos, la respuesta tendría que ser inequívocamente única y unánime.

De ahí mi convencimiento de que deben existir entonces tres tipos de cultura: la cultura positiva, la discultura o cultura negativa y la cultura indiferente, es decir, aquella que no se preocupa en absoluto de

los derechos del hombre ni para bien ni para mal. Así, aquella definición marxista de que todo es cultura se deshace, se viene abajo y desaparece.

Para, párate un momento, Stelios, y piensa, aunque sólo sea un instante, a qué tipo de cultura pertenecen entonces las religiones y las ideologías.

LXX

PERO fíjate bien, Stelios, si lo que llamamos presente existe de alguna o de ninguna manera. Como no existe el pasado, puesto que no es, y como no existe el futuro porque aún no ha venido. Fíjate bien, por favor, te digo. Cuando pronuncio en esta conversación una palabra, se vuelve pasado al instante, de manera que no podemos retener, mejor detener, una sola sílaba en este presente que ni siquiera es presente. Porque no hay presente, sino *cont~~inu~~um*. 

LXXI

«VER sufrir produce bienestar y hacer sufrir, aún más». Estas palabras de Nietzsche en su *Genealogía de la moral* resultan injustas e incongruentes. Conocemos su esfuerzo por investigar y sacar a la luz el origen y el desarrollo de la moral, contra los moralistas ingleses, desde una perspectiva histórica, desde el concepto de *areté* (virtud, excelencia) que sólo poseían los nobles en Homero hasta la democratización del término y la aparición de la conciencia individual, en Sócrates. Desde el enfrentamiento de los fuertes y los débiles, desde el cobro de la deuda entre acreedor y deudor, desde el concepto de culpa hasta la sublimación de la debilidad en el cristianismo y en el judaísmo.

No me produce ningún bienestar ver sufrir ni hacer sufrir. Y creo que, como siento, sentirán también millones de criaturas ante el sufrimiento ajeno. Quiero decir que hemos crecido, que nos hemos educado, en el sentido humanitario y progresivo de la moral.

Esté en lo cierto o no, especule o no con la génesis de la moral dando saltos al vacío, Nietzsche estudia solamente el nacimiento y el desarrollo de la moral, pero no se preocupa por el estudio del estado actual de la misma. Quiero decir que, incluso si todo su pensamiento fuera verdadero, y no tuviésemos grandes objeciones que hacerle, quedaría por plan-

IOI

tear si la moral actual de los librepensadores sería, o no, superior a todas las conductas morales históricas.

De la misma manera que han evolucionado y progresado, desde Grecia hasta hoy, la filosofía, la medicina, las matemáticas, la astronomía, la botánica y las ciencias en general, incluso la pintura y la escultura desde tiempos prehistóricos, es perfectamente lógico que la moral haya evolucionado a lo largo de la historia y, hoy, estemos en condiciones de considerarla en su evolución histórica sin arrepentirnos de sus orígenes. Cada época la ha sentido según sus propios condicionamientos.

LXXII

NOSOTROS, en cambio, libres de la división ancestral entre fuertes y débiles, despojados ya, por la convención de las leyes, de aquellas relaciones de crueldad entre deudor y acreedor, liberados de las trascendencias imposibles de las religiones del Libro, alejados de la hipocresía y de las artimañas del poder, plenamente conscientes de nuestro ser en naturaleza, vivimos por ella y perecemos en ella. Por eso, nuestro comportamiento deberá seguir el dictamen de lo natural. Pero a la naturaleza no le preocupa en absoluto si obramos bien o mal, si nos comemos los unos a los otros, como los animales, o si nos respetamos mutuamente por acuerdos tácitos o escritos.

LXXIII

Y aquí se nos presenta el gran dilema: la elección del bien o del mal. Pongamos en práctica, entonces, cuanto hayamos aprendido de la historia y de la genealogía de la moral, evitando lo que nos repugna y actuando como conviene a una buena y amable inclinación hacia los otros. El arma de combate sólo puede blandirla la razón del que piensa, nunca la razón del indolente, del caprichoso, del interesado, del pusilánime, del vengativo, del acaparador o del despreocupado. A mí, por lo menos, no me gusta ver sufrir y, de ninguna manera, hacer sufrir voluntariamente.

Todo esto está muy bien, querido Stelios, para los que piensan en las relaciones humanas a la manera tradicional. Para los que piensan que tales relaciones son perdurables y esenciales en el ser humano. Pero ¿de verdad importa el bien y el mal, en ti o en mí, si nacimos únicamente para la muerte?

LXXIV

LA naturaleza del hombre consistirá, si somos parte de ella misma, en ser dominador y devorador de los demás, tanto de los individuos de la propia especie como de los individuos de las restantes. Ese es precisamente el comportamiento de los animales cuyo fin no puede ser otro que la supervivencia del individuo y, por tanto, de la especie. Lo natural, así, sería el hombre devorador. El fuerte sobrevive mientras el débil es utilizado para continuar el avance de la vida misma.

Ahora bien, a lo largo de la historia, el hombre ha venido desarrollando una conducta moral, desde el animismo prehistórico hasta nuestros días, de manera que hoy estamos en condiciones de comprender su génesis, sus defectos, sus equivocaciones, sus mentiras y su desarrollo. De la misma manera han avanzado las ciencias haciendo posible el progreso. La medicina, como las otras ciencias, ha caminado desde los conocimientos de Hipócrates hasta los trasplantes actuales. La astronomía, desde los rudimentos de Tales, pasando por Giordano Bruno, Galileo, Copérnico, hasta los viajes a Marte. Así, llegamos a entender mejor la naturaleza y a servirnos de ella, sin que hayamos podido dominarla en absoluto.

Al avanzar nuestra comprensión de la ética, el hombre deja de ser devorador, no le es necesario para

su supervivencia el sometimiento ni la destrucción de las otras especies. Superando la moral antigua y la moral de la trascendencia, se enfrentará a los otros éticamente con el uso de la razón, del perfecto equilibrio, conociendo profundamente el valor de lo bueno y de lo malo. Y entendemos moral como comportamiento del individuo mismo y ética como comportamiento del individuo frente a los demás.

LXXV

MUY bonito. Es muy bonito, querido Stelios, cuanto acabo de decirte. Pero es mentira. Sólo son pensamientos utópicos de los filósofos, aunque nada tenga yo de filósofo. Tanto la moral como la ética del individuo se deshacen ante el dinero, ante los intereses personales, ante el poder, ante la avaricia, ante el deseo de poseer, de manera que, desde esta última perspectiva, el hombre, aunque revestido de palabras elegantes y de ropajes más finos e hipócritas, sigue siendo aún un temible devorador de los otros.

Pero sigamos el argumento contrario. Ser devorador, o no, de los otros, de los de más allá y de los que con-viven contigo ¿qué importa? ¿Estás de acuerdo, entonces, en que la ética y la moral se convierten únicamente en lo provechoso, en lo útil? Y, por último, la ética y la moral no nos alejan de nuestra condición natural, de nuestro ser en naturaleza?

LXXVI

PERO los animales, querido mío, aunque mirasen a izquierda y derecha no podrían hacer una obra de arte. Ni falta que les hace. Son bellos en sí mismos y basta. Bellos al azar, por supuesto. Como los ríos. Como el azul de los cielos. Y, si la obra de arte imita la naturaleza, como quieren algunos, son ya naturaleza. Y basta.

LXXVII

Tú tienes una perra, Stelios, a la que tú y María queréis como un hijo. La oigo ladrar cuando hablamos por teléfono. Es algo muy digno de respeto y muestra a las claras vuestro amor por los animales. Loable, desde luego. Pero siento en mí, con frecuencia, lo estúpido que resulta que hombres y mujeres vayan recogiendo del suelo, con envoltorios de plástico, los excrementos que los animales, sin saberlo, van dejando amablemente por las calles. Otras veces, me resulta verdaderamente cómico. No hablo de la limpieza de la ciudad, de los barrios, de las alamedas. Me parece correcto. Hablo sencillamente de la estupidez que supone la desnaturalización de los animales.

LXXVIII

PORQUE toda obra de arte es, en el fondo, una venganza del artista contra el tiempo. Sabe bien de su muerte, de lo inevitable de su muerte. Y, para transgredirla, para superarla, crea, con toda las penalidades y sufrimientos del arte, su venganza contra el tiempo. La verdadera obra de arte, la que nos arrebatata y nos eleva, no constituye en absoluto una catarsis como asegura Georg Lukács. La catarsis así entendida es un puro romanticismo vacío, aunque catarsis signifique purificación de uno mismo o de las actitudes, desde la tragedia griega antigua hasta la política de nuestro tiempo, que suele utilizar la palabra con cierto descaro. Si algo significa la obra de arte es únicamente una venganza exhaustiva contra el tiempo.

LXXIX

EN eso, precisamente, el hombre ocupa un lugar privilegiado dentro de la naturaleza. Ni las plantas, ni los árboles, ni los animales, ni el universo entero tienen la capacidad de vengarse contra el tiempo. No tienen voluntad de vengarse.

III

LXXX

SE dice comúnmente que la estupidez humana, como la estupidez de los procesos naturales, quiero decir de la vida misma, no tiene límites. Mi amigo Paco, que pasa sus años entre Cáceres y Sevilla, y a quien me referí una vez en mis *Cuadernos de un poeta en Mazagón*, vino a tomar café conmigo la semana pasada y a contarme algunas de sus más recientes preocupaciones.

Se había comprado en Amazon un masturbador masculino de los que vibran e imitan ruidos sexuales. No había tenido más remedio que hacerlo, por esto de la pandemia y por lo que le había ocurrido en un parque de Cáceres antes de que el virus comenzase a hacer estragos.

Ligoteó por el centro de la ciudad con una muchacha de edad indefinida, un poco más joven que él, de abultados senos y conversación amena. Al parecer, bastante conservadora. Y caminando lentamente, callejeando, se adentraron en el parque de la ciudad. Una mano por aquí, otra mano por allá. Un beso por aquí, otro beso por allá. Hasta que vinieron a meterse entre tupidos matorrales. Cuando la muchacha puso su mano en los genitales de Paco (según su propia confesión está muy bien dotado) comenzó a gesticular con arrebatos, inundando el parque de

gritos, y a decir: «San José, San José mío, ahora eres para mí, únicamente para mí. Nadie podrá arrebatarte de mis brazos. Tú, que estabas siempre colgado en la pared de casa, has bajado y has traído contigo la rama de nardos. Qué bonita rama de nardos. Qué rama tan frondosa. La tengo en mis manos ahora, pero te afeitaron la barba de mala forma, San José mío, y dejaste al niño en casa. Cuando vengas otra vez, San José, tráelo contigo para verlo y para besarlo. Y tráete contigo también al Espíritu Santo». Como pudo, Paco se zafó y, asombrado o muerto de estupidez, salió corriendo.

Por eso y por la pandemia, como digo, se había comprado un masturbador en Amazon. Y, puesto que lo había utilizado un año entero, blasfemaba, insultaba, gritaba contra la máquina. «Lo odio», repetía mil veces, «lo odio con todas mis fuerzas. Siempre se comporta de la misma manera, invariablemente de la misma manera. No tiene sentimientos, no goza, siempre idéntico a sí mismo, no sabe moverse si no lo muevo, no habla, no comparte, no acaricia. Lo odio como nunca he odiado a nadie».

Terminamos el café y no llovía. Por aquí nunca llueve.

LXXXI

DETESTÉ cuanto me fue posible el *De profundis* («*De profundis clamavi ad te, Domine*», dice el salmo) de Oscar Wilde por su fétido aroma de arrepentimiento, para mí incoherente en los años de mi adolescencia. Y, más aún, nunca pude entender, ni con las armas de mi benevolencia, su miserable conversión al Cristianismo, que sentí como cobardía y falta de entereza. Lo llamé en voz alta imbécil, incoherente, cursilón y mil veces burgués y amanerado (de espíritu, no de sexo, que me importa poquísimo). Así que no me llegó en absoluto su *Retrato de Dorian Gray* y sentí gran desdén por sus comedias de caracteres, cursilonas y frías, como *La importancia de llamarse Ernesto* y de todos sus abanicos y sus maridos ideales.

LXXXII

Nos quedábamos, por todas estas razones y algunas más, con *Los sótanos del Vaticano* y con el *Corydon* de André Gide, yo y mis compañeros, porque se nos mostraba como un escritor valiente y se había cargado a sus espaldas el pesado fardo de la liberación y de la ruptura. Por lo menos, eso creíamos entonces.

Sin embargo, la edición del *Corydon* (con su recuerdo a las *Églogas* de Virgilio) que leí por aquellos años de adolescencia llevaba un prólogo capcioso y aberrante de Gregorio Marañón, que me había entusiasmado, meses antes, con su estudio sobre el conde-duque de Olivares y sus comparaciones con el cardenal Richelieu. Este Marañón parecía otro, no podía tratarse de la misma persona. Intransigente, necio, acientífico, mal informado, conservador y altamente peligroso. Por eso, cada vez que aconsejé la lectura del *Corydon*, pedí encarecidamente que se omitiese la lectura del prólogo. Nunca más volví a leer a Marañón, que en paz descanse.

LXXXIII

Los filósofos tienden por naturaleza a generalizar en cuestiones de ética mucho más de lo que debieran. Y en cuestiones de otro tipo que afectan al pensamiento occidental por exceso o por defecto. Debo confesar que a mí, por lo general, me mortifica cualquier manera de generalización, en serio o en broma, es decir, en filosofía y en los chistes de Lepe. Generalizar, como sabemos, consiste en extender a todos o a la mayoría lo que en realidad conviene a uno o a pocos. Así, ni se acierta con el principio que se intenta definir, ni se realiza justicia con los que no caben dentro de la generalización.

Me pasó con Francis Bacon hace más de veinte años, cuando leía, en sus *Ensayos sobre moral y política*, aquello de los casados y los solteros y sus respectivos caracteres morales. Decía así más o menos: «...la mujer y los hijos son, por decirlo así, una escuela perpetua de humanidad, y aunque generalmente los célibes sean más caritativos que los casados, porque tienen menos gastos obligatorios, son por otro lado más crueles, más duros y más propios para ejercer oficios inquisitoriales, lo cual se debe a que no tienen a su alrededor objetos que puedan despertar frecuentemente en su corazón el sentimiento de la ternura».

¿De quién habla Bacon? ¿De qué casados y de qué solteros? Además de lo tópico y vulgar de este pensamiento, la escuela «perpetua de humanidad» a la que se refiere será seguramente aquella en la que se aprende que los padres deben ser abandonados en hospitales, en cunetas, en plena calle, en bares y avenidas, en asilos insultantes, cuando los hijos, hartos de sus cuidados, necesitan salir de vacaciones a la playa. Y los solteros inquisitoriales serán indudablemente curas, obispos, monjes y semejantes alimañas, porque los solteros que conozco no condenan en inquisiciones vergonzosas ni dejan de sentir ternura en las situaciones más elementales.

Y lo malo, además, de todo ello es que gran parte del pensamiento europeo, ética y filosofía principalmente, descansan en pilares como éstos, que ningún edificio aguantan, inútiles, inservibles, sometidos a la oscuridad de las iglesias trascendentes.

LXXXIV

EL otro día, de camino a casa, Stelios, después de escuchar a Paco en la cafetería con el asunto de la esquizofrénica religiosa y del masturbador, recordé algunas estupideces más de tiempos pasados. Concretamente dos. Ahora te cuento una y dejaré la otra para más adelante. En efecto, cuando regresaba en el autobús, se me vino a la cabeza la historia de José María, aquel muchacho de Sanlúcar la Mayor que había llegado a Sevilla para comenzar sus estudios de Filología Española. Escribía poemas y no lo hacía mal a pesar de sus jóvenes años. Precisamente por eso lo conocí. Llegó a mí para que leyera sus poemas y corrigiera sus posibles defectos. Sentados en la cafetería de la Facultad, tras subir la enorme escalinata de mármol, vino a contarme que estaba locamente enamorado de su burra. Simulé que no me sorprendía. Aseguró que pensaba en ella día y noche y que le había costado la vida misma la separación, dejarla en el pueblo en casa de los padres, en el establo, y venirse a la ciudad. Lloraba con frecuencia y deseaba que viniera pronto el fin de semana para estar con ella. Aunque era verdad que, para hacer el amor, tenía que subirse a un taburete porque José María no era demasiado alto.

Como nada se me ocurría para aliviar su quebranto, lo invité a uno de aquellos guateques de la

época y conseguí que conociera a diferentes compañeras de clase. Al cabo de los meses, tras sus nuevas experiencias con muchachas de verdad, con senos y caderas reales femeninas, sólo se acordaba de su burra de manera romántica, quiero decir, recordaba tranquilamente un amor pasado que ocupó un día su corazón. Había sobrevivido al desastre.

LXXXV

SOY dueño de mi cuerpo y de mi vida, esa pequeña parcela de posesión, de tiempo mensurable si lo preferimos así, que se encuentra entre mi nacimiento y mi muerte. Nacimiento y muerte no están a mi alcance, no son míos en verdad, pertenecen por completo a la naturaleza que transforma. En cambio, mi cuerpo y mi vida deben someterse a mi voluntad puesto que son yo mismo, puesto que somos uno.

Pero, en verdad, ¿soy dueño de mi cuerpo y de mi vida como dicen los más progresistas? Mentira, otra vez, Stelios. No soy dueño de mi cuerpo ni de mi vida. Mi cuerpo va por sí mismo, contra mi voluntad. Yo no mando en el riñón, en el hígado, en la próstata. En nada. Sólo soy dueño de los actos que proceden de mi voluntad y, además, sólo algunas veces. Y menos aún puedo ser dueño de mi vida.

LXXXVI

ME decían, de joven, que el suicidio era un ominoso pecado contra Dios, porque sólo Dios daba y quitaba la vida, y un pecado contra la sociedad porque el suicida la privaba de uno de sus miembros. Dos argumentos invalidados por la razón que avanza. Ni a Dios, por inexistente, ni a la sociedad, por interés colectivo, les interesa un individuo. Puedo suicidarme como prueba de mi libertad, sin hacer daño a terceros. Puedo sentir un placer inmenso con lo que me apetezca, animal, persona, objeto, siempre que no perjudique a terceros en ese placer, puesto que los haría infelices. El cuerpo es mío, aparentemente como decía, y mi finalidad en el sexo no es la procreación como tampoco lo es el desenfreno que me acarrearía dolor y sufrimiento.

Vale, vale, precioso. Todo eso pensaba años atrás y proclamaba por doquier mi Humanismo, abierto y tolerante, respecto a daños a terceros. Quiero decir que mi libertad terminaba donde empezaba la del otro. Era bonito. Hoy, en cambio, pienso que, si soy naturaleza y a la naturaleza no le preocupan los daños a terceros, ¿por qué ha de importarme a mí semejante comportamiento ético? Si yo me hundo en la muerte y nada tiene sentido, el bien y el mal de mi comportamiento nada son, nada importan, en nada perjudican o ayudan a terceros.

LXXXVII

Los que dicen que aman la vida y están, por ello, contra el aborto en cualquiera de sus implicaciones y caracteres, como también recelan o se manifiestan contra la eutanasia, piensan seguramente que existe una moral universal, fija e inmutable, de la que beben y han bebido todos los países del orbe a lo largo de la historia. Supongo que siguen creyendo en una ley natural a la que todos estuviésemos sometidos por el hecho de ser racionales. Se trata, por lo demás, de aquella ley natural en la que basó la Iglesia de Roma el esqueleto de sus creencias. Ley natural, por cierto, que va alterándose a medida que avanza el conocimiento de la naturaleza.

Sin embargo, convendría pensar con detenimiento en que la moral posee, como todo lo humano, su propio desarrollo histórico, su propia evolución o progreso. Lo moral hoy, en nuestras democracias liberales, nada tiene que ver con otras morales históricas. Los que se escandalizan ante el aborto, por deformidad del feto, ignoran seguramente que los espartanos arrojaban desde la cima del monte Taigeto a todos los niños que hubieran nacido con deformidades. Era, evidentemente, la única forma de supervivencia para mantenerse, para vivir, en un medio que les era francamente hostil. Y semejante hecho no

implica en absoluto que los espartanos no estuviesen dotados de virtud, especialmente en su disciplina, en su valentía y en sus propias organizaciones militares.

LXXXVIII

Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito, desde el concepto religioso de los cortadores de cabeza en Borneo, los Dayaks, desde la costumbre de los beduinos de enterrar vivas a las niñas no deseadas, hasta las costumbres orientales del *sati* (inmolación de las viudas). Pueden dar buena cuenta de todo ello historiadores y antropólogos. La falta de visión global, la aceptación del sacrificio y del dolor, extremadamente inútiles, bajo el pretexto de la salvación en Dios, suponen conceder una base religiosa, inhumana e irracional, a los planteamientos políticos sobre el aborto.

LXXXIX

PARA que no nos equivoquemos, he de añadir que el concepto de virtud que he venido utilizando se encuentra cerca de cuanto nos dicen los estoicos sobre ella, aunque le he añadido de mi cosecha tanto la capacidad de virtud en lo individual como en lo colectivo. No depende, en absoluto, del quietismo, del pietismo ni del iluminismo que consideran la virtud como el sometimiento de la voluntad del individuo a Dios, tan esencial en las religiones del Libro, pues, como todos sabemos, semejante virtud esconde tropelías, egoísmos, sometimientos y comportamientos hipócritas.

XC

A la naturaleza, por supuesto, no le importa la virtud. Así, no decimos que un león o un rinoceronte sean virtuosos. Y, si soy naturaleza, ¿ha de importarme la virtud? Si nazco, crezco y muero como el león o el rinoceronte, ¿para qué y por qué ser virtuoso?

XCI

Los nacionalistas, y los chovinistas en general, sólo atienden a una especie de sentimentalidad caduca, atrasada y reaccionaria. Más propia de los siglos anteriores, con el despertar de las nacionalidades modernas, que de los progresos de la ética universal. Sabemos que cada cual es libre de asumir ideologías y creencias. Sin embargo, miles de voces claman hoy por la abolición de las fronteras y por la universalidad del concepto de hombre en cuanto naturaleza misma, de manera que no existen diferencias entre las personas que viven en un territorio y las que viven en otro cualquiera. Sentirse ciudadano del mundo supone haber vencido la pequeñez de lo particular, la sentimentalidad de patria y aberraciones semejantes, para comprenderse a uno mismo como integrante de la totalidad.

TENGO ante mí la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis,

que era una lectura obligatoria a mis doce años. Temiblemente obligatoria. Pero, ahora, se trata de una pequeñísima edición, 9 x 6, con tapas de piel, editada en Barcelona en 1948, con su *Nihil obstat* incluido, en la Editorial Regina.

No me referiré a la multitud de aberraciones que contiene porque provienen de la fe. Y ya sabemos. Todo gira en torno a lo mismo y a lo mismo. Sin embargo, anoto aquí, como pura anécdota, dos momentos de la obra. Una: «Hay lecturas impías, obscenas, escabrosas, resbaladizas. Jamás han de hojear tus dedos las páginas de tales libros». Otra: «Al amortajar el cadáver, póngasele en sus manos el Crucifijo o el santo Rosario, de lo cual muchos ya quieren prescindir». Y me pregunto por qué me obligaban a leer a mis doce años semejante estupidez. ¿Para hacerme estúpido también?

XCIII

LA segunda anécdota, que llegó a mi cabeza por culpa de las aventuras de Paco, contadas en cartas anteriores, fue lo que le ocurrió en Atenas a Ricardo Reis. Ricardo, oriundo de Lisboa, que se llamaba exactamente como su padre, médico en Brasil durante años, había llegado a Sevilla para realizar sus estudios de Filología Clásica.

Dije antes que constituía una liturgia inevitable que los estudiantes, tras terminar la carrera, hiciesen un viaje a Grecia para conocer de primera mano cuanto habían leído y estudiado en los manuales. A los dos días de aterrizar en Atenas y con las pocas palabras que sabía de griego moderno, entró, al atardecer, en el Parque Nacional. Iba seguramente a visitar el Zappio. Anocheció, al parecer, y surgió de la oscuridad, según me contó a su regreso a Sevilla, un hombre inmenso, altísimo, muy fuerte, con brazos enormes. Parecía turco, me aseguró Ricardo. Se hicieron señas, aunque no sé cuáles porque no entiendo demasiado bien estos lenguajes de signos. Lo cierto fue que puso al aire sus genitales, cogió a Ricardo en volandas como si fuese un muñeco, lo zarandó mostrando su fuerza, lo agachó hasta el suelo, le puso la cabeza a la altura que convenía y le dijo: «Πίπα, πίπα» («Chupa, chupa»). Como pudo,

casi por arte de magia, Ricardo se puso a correr y desapareció. Ni siquiera él mismo llegó a saber cómo lo hizo.

A los dos días, no obstante, regresó al Parque Nacional. Quizás para visitar el Zappio, como digo. Y, otra vez, al cruzar entre los árboles, le hizo señas un señor mayor, ateniense, de más de sesenta años, que se tocaba una y otra vez sus partes pudendas por encima de los pantalones.

Se dijeron dos palabras, según Ricardo, sólo dos palabras: «¿Te vienes a mi casa?». Ricardo asintió. Cogieron el metro en Síndagma, aunque caminaban uno tras otro a una distancia de veinte metros. En voz baja le dijo: «No quiero que nos vean». Pasaron estaciones y estaciones hasta que el hombre descendió. Y, a veinte metros, también Ricardo.

Subieron a la primera planta de un edificio feo y silencioso, apenas iluminado, y entraron en el piso. Atravesaron un pasillo, la puerta de la cocina a la derecha, una sala a la izquierda y entraron en una habitación con una cama de matrimonio. Se desnudaron. Al instante, el hombre apagó la luz del pasillo y de la habitación. Una completa oscuridad. Ricardo no veía nada, aunque tampoco oía nada. Sintió entonces que el hombre se acostaba a su lado, que lo envolvía con sus brazos, que le acariciaba los pezones, que le acariciaba todo el cuerpo sin llegar a tocarle sus intimidades. Y le dijo al momento: «Γυναίκα μου, γυναίκα μου, γύρισες απόψε στην αγκαλιά μου. Εσύ που πέθανες εδώ

και μήνες, γυναίκα μου, σ' αγαπώ, ακόμα σ' αγαπώ». Roberto lo entendió todo: «Mujer mía, mujer mía, has vuelto esta noche a mis brazos. Tú que has muerto hace meses, mujer mía, te amo, te amo todavía».

No sé si Roberto se quedó de piedra. A mí me aseguró que sí. Sólo estoy convencido de que, medio desnudo, escapó a oscuras de la habitación, tropezó con sillas o con muebles, abrió como pudo la puerta y se vistió en el rellano de la escalera. Volvió en el metro.

XCIV

No te escandalices, querido Stelios, porque todo eso ocurriera en Atenas. Tampoco Sócrates quiso acosarse con Alcibíades y los dos pasaron a la historia. Desgraciadamente, el hombre ateniense y mi amigo Roberto sólo quedaron en los anales de la intrahistoria.

XCV

No sé por qué razón no me siento, en mi conciencia de ser vivo, ni de aquí ni de allí ni de más allá. Soy únicamente la conjunción del azar y de un tiempo concreto, de un instante, de un segundo acaso, si es que existe el segundo. Y es evidente que nací por la capacidad genésica de mis padres, como cualquier hombre, y que pude haber nacido por la capacidad de otros. A ello se añadió después la captación de la luz, el aprendizaje de las distancias, el balbuceo de las primeras sílabas, el dominio del lenguaje, la inmersión en la cultura que me rodeaba, los estudios posteriores y mi confrontación con lo ajeno, con el mundo de cuanto no era yo mismo.

Si hubiese nacido de la capacidad genésica de padres egipcios y, tras nacer, hubiera aprendido lentamente cuanto aprendí, con otra cultura y otra lengua, sería un egipcio, me sentiría musulmán o copto seguramente y mi familia adoraría a Alá y a su profeta Mahoma o al mismo Dios de los cristianos. Quiero decir que cada uno es lo que es tras su nacimiento y su aprendizaje cultural. Pero tal cúmulo de circunstancias, que tanta veces creemos insalvables, sólo nos diferencia en lo accidental, en el aprendizaje y la cultura envolvente, pero no en la misma esencia de ser hombre, de ser persona. Por ello, veo

al hombre como algo que me es familiar, que se corresponde conmigo, que es tan contingente como yo, viva en Egipto, en Irak o en el Himalaya.

No quiero decir que reniegue de mis raíces que son lo que son y valen lo que valen, es decir, nada en absoluto ante la muerte. Soy sevillano, andaluz, español, ibérico, europeo, habitante del mundo, perteneciente al sistema solar, a la galaxia, al universo todo. Y ¿qué? A medida que voy ganando en adjetivos, me expando, me siento mayor, pierdo la conexión con lo pequeño, con el terruño. Al único problema al que no sé enfrentarme, con el sentimiento aunque sí con la razón, es al de mi individualidad. Soy yo, no soy egipcio ni cubano. Y siendo yo, lo soy por el azar de un momento, por aquella conjunción a la que me refería. No porque Dios lo quiso, como dicen los bien intencionados. Y mi propia individualidad, mi mismo yo que se diferencia de los otros, dejará de ser por otra conjunción inevitable, la muerte.

XCVI

ME han salido en los pies, querido Stelios, exactamente en el mismo sitio en que pintores y escultores colocan los clavos de Cristo, dos manchas oscuras. Si me toco, pican terriblemente, aparecen pequeñas vesículas y se oscurecen bastante, pero no sangran. No sangran nunca. No me estoy burlando de ti ni fantaseo un ápice. Sólo que me da bastante miedo visitar al dermatólogo. Porque, si me dice que la ciencia no es capaz de saber lo que tengo, es decir, qué son esas manchas, me sentiré un elegido y caerá sobre mis hombros un peso que no seré capaz de soportar.

XCVII

HE dicho, quizás con demasiada frecuencia, que nuestro pensamiento occidental ha sido, durante siglos, monodireccional o monocorde. Y vuelvo a ello con todo descaro porque, al fin, tras décadas de espera, me encuentro cara a cara con el libro de Porfirio, *Contra christianos*, estudiado por el equipo de investigación de Enrique A. Ramos Jurado en la Universidad de Cádiz en 2006. No el libro completo, puesto que se perdió como era previsible, sino los fragmentos del libro que se han venido rescatando lentamente a partir de las glosas, los comentarios y las refutaciones de otros autores. El esfuerzo de recopilación que supone, y el tratamiento de la inmensa bibliografía constituyen un trabajo digno de atención y de mérito. Como en tantas otras ocasiones de la filología, los estudiosos en general no se ponen de acuerdo sobre la datación del libro, sobre su constitución interna e incluso sobre su propia independencia en cuanto libro, puesto que algunos piensan aún que pudo ser parte de otro libro de Porfirio titulado *Sobre la filosofía de los oráculos*. Debo confesar, sin embargo, que, a mi edad, las enrevesadas cuestiones filológicas me fatigan y casi me desesperan.

Es sabido que Constantino mandó quemar el libro en 332, que Teodosio II y Valentiniano secues-

traron más tarde los posibles ejemplares existentes y que lo refutaron concretamente Eusebio de Cesarea, en 25 libros de su propia cosecha (véase *Cuadernos*, III, 74), y Metodio de Cesarea, aunque el entramado de refutaciones se multiplica desde Rufino de Aquilea, Cirilo de Alejandría, Teodoreto, hasta Jerónimo, Agustín de Hipona y, especialmente, Macario de Magnesia, para no extenderme demasiado. Tantas refutaciones, en efecto, me hacen comprender que los escritos de Porfirio suponían un peligro mayor para la Iglesia que los libros de Celso o el tomito de Juliano *Contra los galileos*. La razón es evidente: Porfirio es un profundo conocedor de todos los textos bíblicos, incluso de su lengua específica, milita entre los neoplatónicos y posee un profundo dominio de toda la filosofía griega y de los ritos antiguos egipcios.

Los especialistas conocen bien las relaciones de Porfirio con Plotino y con Orígenes y, aunque no me preocupa si es verdad que, al final de su vida, creyera profundamente, o no, en una unidad supertrascendente, a la manera neoplatónica, me quedo con su firme propósito de desenmascarar la irracionalidad de la incipiente iglesia occidental.

XCVIII

UNO de los mayores placeres que me concedió la vida, Stelios, fue sentirme vivo en los parajes de Delfos. Un silencio absoluto y un aroma de lavanda difícil de olvidar por los sentidos. Un aroma que inunda todavía el recuerdo en la distancia. El auriga inmóvil, mofándose eternamente del tiempo detenido en las riendas. El ónfalos de las adivinaciones y los oráculos. Los calderos. La fuente de Castalia murmurando suavemente en mis oídos palabras antiquísimas. Y, arriba, más allá de los tesoros, la cima del estadio. Una ladera del alma que bajaba al mar, a Galaxidi e Itea. La sensación de lo sublime rodeando mis sienes y mis labios.

XCIX

PERO ni incluso en Delfos cesaba de imprimir su carácter la estupidez. Acompañábamos a dos eminentes catedráticos de griego de ciertas universidades españolas. ¿Para qué decir sus nombres? Los dos habían regalado por doquier cátedras a sus amigos y admiradores. Así es la Universidad española. Dos catedráticos, admiradísimos, que no se hablaban y se odiaban a muerte. Así que un grupo de nosotros, como borreguitos, algunos como verdaderos pelotas, seguía a uno de ellos, por una acera, y otro grupo, al otro catedrático por otra acera. Ridículo y estúpido al mismo tiempo. Hay ocasiones en que ni siquiera Delfos se libra de la estupidez.

NUESTRA percepción de tiempo es limitada, instantánea, parcial. Un amanecer, un mediodía, un anochecer. Pero esa percepción es engañosa, ilusoria, porque nos presenta el tiempo como algo concreto, algo suave que se mueve casi inconscientemente, que rueda como decían los medievales. De ahí, precisamente, el engaño que representa para nosotros. Sólo si dejamos de entender el tiempo como percepción y nos acercamos a él con nuestra razón pensante, el tiempo se extiende, se ensancha y nos vemos a nosotros mismos como seres insignificantes y accidentales. Y comprendemos que una vida en el tiempo es la cabeza de un alfiler entre las dunas del desierto.

EN uno de esos misterios, ontológicos desde luego y no metafísicos, que el libro impreso nos propone frente a los escritos de internet o en internet, me encuentro de pronto y sorpresivamente con el libro de José Saramago, *O Caderno*, en el que recoge sus escritos blogueros desde septiembre de 2008 hasta marzo de 2009.

Pero, más allá de la vacía necesidad de publicar en libro lo ya editado en blog, me sorprende que un hombre de izquierda, ateo confeso («*até un ateo como eu*», pág. 186), nos venga a decir literalmente que es fácil preguntarse quién soy, pero que resulta extraordinariamente difícil preguntarse qué soy. Literalmente dice así el día 23 de enero de 2009: «*As perguntas «Quem és?» ou «Quem sou?» têm respostas fáceis: a pessoa conta a sua vida e assim se apresenta aos outros. A pergunta que não tem resposta formula-se de outra maneira: «Que sou eu?» Não «quem» mas «quê». Aquele que fizer essa pergunta enfrenta-se com uma página em branco e o pior é que não será capaz de escrever uma palavra que seja*».

No entiendo por qué Saramago encuentra tanta dificultad donde no la hay, porque estoy convencido, por mi parte, de que existe una respuesta, una única y solitaria respuesta, que no quieren aceptar las reli-

giones, los filósofos, los científicos, los melindrosos, en definitiva, y los que tienen miedo a la verdad. Una verdad, por cierto, que duele y saca de su sitio, descoloca, a los habituados a pensar cómodamente en la existencia de un más allá, sea sostenido por un dios, con nombre o sin nombre, sea fundamentado en una energía infinita o en un panteísmo universal o terreno.

Se trata sencillamente de considerar nuestra existencia, el qué soy, como una parte, más o menos inteligente, de la naturaleza. Una parte, un individuo que, como el resto de todo lo existente, se encuentra en continuo cambio, en verdadera transformación. El azar del nacimiento se transforma poco a poco en el azar del crecimiento, de la niñez, de la adolescencia, de la juventud, de la madurez, de la vejez y, como lógica consecuencia, en el azar de la enfermedad, del sufrimiento y de la transformación de la muerte. Tan sencillo y tan lógico como el desarrollo vital de la planta y de todo lo existente. El alma, en cambio, como soporte de la individualidad y como presencia de lo eterno, la dejamos en manos de los crédulos y de su falta de raciocinio.

CII

MI inolvidable Chantal Maillard me aconsejó un día que visitara a una adivina, maga, seguidora, de La Línea, al lado de Gibraltar. Tenía fe ciega en ella porque le había resuelto algunas complicaciones importantes. Faltaba un mes entonces para mis oposiciones en la Universidad de Sevilla y acepté los consejos de Chantal como quien se deja llevar por la corriente de un río nada peligroso.

Un amigo me llevó en su coche a La Línea y, puesto que no podía disimular mi vergüenza, tuvo que entrar solo en la consulta de la adivina mientras me quedé tomando no recuerdo qué en una cafetería cercana. A los cinco minutos, mi amigo bajó, muy nervioso, a decirme que la adivina necesitaba una fotografía mía y una prenda de vestir. Así que, sin pensarlo, le envié, por medio de mi amigo, la contraportada de un libro y una bufanda hermosísima y roja. Era invierno. A la media hora más o menos, regresó mi amigo y, bastante alterado, me dijo: «Dice la señora que eres la reencarnación de Alejandro Magno y que naciste el trece de junio cuando el sol estaba en su apogeo. Ha quemado tu bufanda y me ha dado las cenizas en este sobre. Dice que pongas la mitad debajo de tu colchón y esparzas la otra mitad en las sillas en las que vaya a sentarse el tribunal de tu oposición».

No sé por qué, puse la mitad de las cenizas bajo el colchón. En cambio, no me fue posible averiguar en qué sillas se sentarían los miembros del tribunal. El hechizo no se llevó a cabo como debía y, por ello, no conseguí, para mi vergüenza, la plaza en la Universidad. Mi amigo me reprochó durante mucho tiempo no haber cumplido las reglas del juego. La culpa fue tan solo mía y, además, había perdido la bufanda para siempre. Quiero decir que fui verdaderamente estúpido.

CIII

PIENSO, Stelios, que por tu adscripción al Partido Comunista Griego, por tu visión de izquierda y por la influencia que ejerció en ti Yanis Ritsos, comprenderás fácilmente cuanto quiero decirte. El ateísmo verdadero no viste los ropajes de afirmar ni negar, como requiere el método científico, ni los ropajes de lo probable y lo improbable a cuya demostración aspiran los métodos filosóficos. El ateísmo constituye una iluminación instantánea, una revelación, si se quiere, del conjunto que forman los seres, animados e inanimados, desde la piedra, el hombre, el animal, la planta, el árbol, hasta las estrellas y las constelaciones, en el seno de una naturaleza universal repleta de leyes físicas y químicas, conocidas y desconocidas. No le es necesaria la investigación ni el análisis, aunque utiliza la razón y la coherencia por encima de todo.

El ateísmo vehemente, beligerante diríamos, intenta convencer a los demás de su verdad alcanzada. De su verdad sentida. El ateísmo interior, pacífico, desprovisto de armas, sabe muy bien la limitación a la que está sometido entre los que lo rodean, y no intenta convencer a nadie, no hace propaganda de su verdad, porque sabe que se quedará fácilmente sin palabras cuando intente argumentar frente a los obstinados.

El verdadero ateísmo respeta y transige. A veces sólo cree en la posibilidad de ironizar dulcemente ante la infinitud de dioses inventados por el hombre de todos los continentes, ante las múltiples liturgias religiosas que se mueven en un continuo vacío de supersticiones y actitudes místicas. Y, a veces, también llora por la intransigencia y la doble moral de todas las religiones, sin olvidar las religiones del Libro.

CIV

EL ateo no desea las riquezas; se satisface con lo que tiene; no aspira a poseer; no siente predilección especial por ninguna ideología política porque supone ilusionadamente que todas tienden al bien común; se siente vinculado a todas las etnias del mundo por un pacto de solidaridad humana, sin intereses, sin atavismos; no discrimina por edad, cultura, sexo, ideología. Se reserva para sí el conocido dicho de Publio Terencio Afro, «*Homo sum, humani nihil a me alienum puto*» en su *Eautontimorumenos* («Soy hombre, pienso que nada humano me es ajeno»). El ateo nunca será integrista, no combatirá en guerras de religiones, no matará ni engañará al otro, porque lo siente próximo, coexistente en el azar del tiempo. Ni aspirará a ejercer el poder sobre los otros.

No matará animales por placer porque entiende que todos son-con él en el proceso cambiante de la naturaleza. Será responsable en el amor, en las relaciones de amistad, en el cuidado de los hijos, en el respeto a cuanto vive y muere. Su ética de comportamiento, consigo mismo y con los demás, será siempre una ética sin Dios, posible, dolorosamente humana, auténtica y sin alucinaciones. Se sabe además inmerso en la estupidez del vivir.

Es evidente que estoy hablando del ateo que razona, no del ateo que no cree en nada por irresponsabilidad, dejadez, pereza o apatía.

CV

UNA parte inmensa de todo el arte del Occidente europeo, en música, en pintura, en escultura, en arquitectura, está vacía, hueca, vana. La enorme capacidad artística de los grandes maestros, que nadie se atrevería a poner en duda, se encuentra en relación inversa a la razón. Dominados por la creencia en un ser trascendente, olvidan qué son en realidad, qué hacen en este mundo, no se plantean en sus obras de arte el conocimiento de sí mismos, la duda necesaria frente a la religión dominante, el sentido de la nada y nuestro constante camino hacia la degradación, la constante transformación y la más completa destrucción de la individualidad. Componen música, pintan, esculpen de espaldas a la realidad, movidos únicamente por un credo del que ni siquiera se atreven a dudar. En el fondo, no fueron libres de seguir la tradición de un tipo de arte natural que siguiera la estela del arte griego. La estela, por ejemplo, del Laocoonte o de la Venus de Milo.

SIEMPRE me dolieron los oídos, incluso la cabeza, cuando escuchaba con atención las palabras «justicia eterna» de los labios de Schopenhauer (libro cuarto de *El mundo como voluntad y representación*). No porque carezca de sentido cuanto intenta decir, el mundo como voluntad de conducta, según entiendo, sino porque el sintagma expresa un *continuum* que no puede darse. El mundo, en sí, no es eterno y la justicia del mundo, por tanto, tampoco.

Sólo desde la ética del comportamiento humano pueden entenderse sus palabras: «Si se pretende saber lo que valen los seres humanos, moralmente considerados en su conjunto y en general, basta entender su destino de modo total también y en general: necesidad, miseria, desgracia, sufrimiento y muerte. La *justicia eterna* impera y, si los hombres, tomados en su conjunto, no fueran tan indignos, su destino, tomado en su conjunto, no sería tan triste».

Pero nada es eterno como digo, ni siquiera la justicia. En cambio, si cambiamos «eterna» por *universal*, esas palabras dejarían de chirriar definitivamente en nuestros oídos y las consideraríamos como fundamento de un humanismo de la ética de todas las generaciones posibles.

CVII

AHORA que los nacionalismos vuelven a ponerse de moda, vuelvo a las andadas. Pienso, siento y no comprendo nada de cuanto me rodea. Yo, precisamente, que siempre concebí, en el equilibrio inestable de mi corazón y mi cabeza, la idea de un mundo sin fronteras, la conciencia de ser ciudadano de los cinco continentes, la abolición de las diferencias étnicas, la igualdad de todos ante la ley y el reparto de las riquezas, voy hacia atrás, reculo por las aguas remando a contracorriente. Y me digo que, desde mi perspectiva, desde mi sentimentalidad, cualquier nacionalismo es egoísta, encerrado en sí mismo, distante de conquistas y preocupaciones universales. El deseo de ser nación, de ser diferente, de limitar o delimitar un marco geográfico propio, de enarbolar la bandera de los sentimientos particulares, se opone a la visión idealista, lo sé, idealista digo, de un mundo sin fronteras. Supone en efecto la inmersión en lo particular y el olvido de lo universal, la pérdida de las visiones humanistas.

CVIII

UNA lluvia simple, aunque mordaz, ha inundado de agua y fango el lecho de cartón de un indigente. Junto a un cajero automático. El inocente no supo, antes de la lluvia, o no pudo comprender, la estupidez que existe entre la mendacidad y el cajero.

Y el hecho me recuerda, no sé por qué, la lectura que hizo de sus poemas en Sevilla María Victoria Atencia. Recuerdo que el local estaba cerca de la Giralda, pero no sé exactamente si se trataba de una librería. Nos reunimos, para escucharla, los poetas de mi generación, entre ellos Joaquín Márquez. Todo era silencio. Recuerdo aquellos poemas llenos de estatuas, de poses delicadísimas, de lánguidas sinuosidades, de belleza corrediza, de divinos paisajes urbanos. Poetas con corbatas y señoras con chales. De pronto, un mendigo se acercó a los escalones de la puerta de entrada y gritó fuertemente: «Una limosnita, por amor de Dios, llevo días enteros sin llevarme un pan a la boca». Comprendí de inmediato la distancia que va de lo presuntamente bello a la mendacidad.

HE dicho más de una vez que los filósofos, pensadores en general de cualquier época, creyentes o que dejaron de serlo un día, no se acercan al ateísmo de la misma manera que lo hace quien no se ha visto nunca inmerso en dogmas y trascendencias religiosas. Vuelve a ocurrir una vez más con el filósofo francés André Comte-Sponville, en *El alma del ateísmo* (por pura coherencia se debía haber traducido «*espíritu*», porque se aviene más con el concepto de espiritualidad del filósofo y porque su verdadero título es en francés, *L'esprit de l'athéisme*), publicado por Paidós en 2006.

Educado bajo los condicionantes de la Iglesia Católica, su terminología básica, como «fe», «comunidad», «fidelidad», «misticismo», «espiritualidad», es evidentemente heredera de la religión de Occidente, aunque se esfuerce en dar a cada término una definición propia y particular en relación al ateísmo. Quiero recordar que, transigiendo con su terminología, acepté de buen grado los dos primeros capítulos de su libro. En efecto, cualquier aportación seria y razonada al estudio y a la clarificación del ateísmo me hace su deudor de inmediato y despierta en mí una simpatía que no se borra fácilmente con el paso del tiempo. Hubiera sido bastante, supongo, utilizar

los términos del Humanismo que es, en definitiva, el punto de llegada de nuestras reflexiones.

Sin embargo, el capítulo tercero, y último, tuvo la capacidad de provocar en mí serias dudas sobre la intención primera del autor. Sus esfuerzos por alcanzar una definición clara sobre la espiritualidad del ateísmo que concluye en un «ateísmo místico» o un «misticismo ateo», lo llevan a explicar los pormenores de una experiencia personal en la naturaleza y frente a la naturaleza, en la observación del firmamento y en su anonadamiento místico frente al universo, algo parecido, si no idéntico, a lo que sentimos ante lo sublime. Se trata de una experiencia, que todos *hemos padecido* (en el sentido de *pathos*) alguna vez y que conduce al *misterio*, a la *plenitud*, a la *inmanensidad* (de inmanente), al *sentimiento oceánico*, al *silencio*, a la *plenitud*, a la *eternidad*, a la *unidad*, a la *simplicidad* y a todo lo que queramos.

La objeción es evidente. Todos nosotros no estamos capacitados para alcanzar ese misticismo ideal del ateísmo, porque, entre los ateos, no sólo hay científicos e intelectuales, sino también fontaneros, agricultores, enseñantes, actores y una larga lista de hombres que desempeñan mil oficios diferentes y dignos. Es posible que Comte-Sponville haya hablado en otros libros sobre la práctica de la ética ateísta, sobre la puesta al día del comportamiento humano, sobre la noble y atractiva ética sin Dios. No lo sé. Tendré que seguir leyendo.

ME resulta extraño, completamente nuevo e inesperado, que mi cuerpo comience a dar pruebas fehacientes de la disminución de la libido. Una especie de olvido lentísimo de los sobresaltos, de las pasiones, del rumor de la carne en busca del goce, de la alteración de la sangre, de la inquietud y el nerviosismo, de la lucha erótica por lo otro. Sin embargo, a medida que avanza esta nueva situación, a medida que insiste en poseerme, aunque me resista con todas mis fuerzas, siento que la voluntad va aceptando pacientemente cada paso atrás, cada nueva carencia. Y que el sitio que ocupaba el deseo comienza a llenarse con los trozos de una tranquilidad, de un sosiego, de una manera de paz interior que no conocía. Que solamente sabía de memoria por la lectura de los clásicos. Hace tiempo que no hablaba de Cicerón y de su opúsculo titulado *De senectute*. Ahora no me hace falta razonar, imaginar, saborear su lectura. Cuanto aseguraba el orador romano lo tengo ahora delante de mis ojos y lo siento en mi cuerpo.

¿Te lo has creído, inocente Stelios? Todo eso es lo que pensaba hace años influido por la lectura de los clásicos y absorbo en el Humanismo que aprendí con los años. Ahora estoy convencido, plenamente convencido, de que la degradación del cuerpo es la

más evidente constatación de la estupidez de vivir,
una burla ácida y cruel de lo que creíamos ser, como
puro espejismo, y en realidad nunca fuimos.

CXI

¡QUÉ bonito era en verdad todo eso! Sí, querido Stelios, qué bonito escuchar a Cicerón y a los clásicos. Pero no me resisto, me tiro de los pelos, me arañó la cara y los genitales. Esa disminución de la libido es la prueba innegable de la degradación. No poseo la serenidad de Cicerón ni su benevolencia ante la vejez. Porque la degradación anula al individuo conduciéndolo despacio, muy despacio, hacia la muerte. Y yo soy el individuo ahora y siento por los suelos la felicidad de mi antigua libido.

CXII

No sólo eso. Ha llegado también el momento de sentir la inflamación de la próstata. Y orinas con cierta dificultad y vas al urólogo y te manda que tomes todos los días, por la noche, tamsolusina. Y de pronto, como por arte de magia, para tu sorpresa y vejación, pierdes tu esperma. Y dejas de ser tú. Y, si tomabas viagra o algo similar, ahora te preguntas ¿ya para qué?

Y que vengan filósofos, inocentes teóricos, optimistas de la fe y alborotadores de la alegría inconsciente a negar la estupidez del proceso.

CXIII

DEBEMOS dejar a un lado las tonterías, querido Stelios, y decir, contra las religiones y contra los estados, que la eutanasia debe ser obligatoria. No el asesinato ni el homicidio, contra la voluntad del otro. La eutanasia ante el dolor, en ocasiones irreversibles, o no, pero con la voluntad del sufriente. La eutanasia ante el primer síntoma de lo inevitable. Porque toda eutanasia es, en el fondo, un acto de piedad, de conmiseración, de ética contra el sufrimiento y el dolor.

Los que se oponen, afirmando que la vida es el bien más preciado del hombre, parten, aunque no lo sepan, del creacionismo. La vida no es un bien, ni bien absoluto ni bien relativo, sino un efecto del azar. Un efecto como el fruto lo es de la semilla. Un acto natural en el proceso de lo vivo.

CXIV

DESDE Heráclito hasta nosotros, miles y miles de páginas se han escrito sobre el cambio, la transformación y, especialmente, sobre el tiempo, que resulta siempre inherente a todo cambio y a toda transformación. El concepto de tiempo sólo tiene sentido en ese cambio y en esa transformación, de manera que un tiempo en sí mismo, como realidad única, como mónada, no puede existir.

El tiempo psicológico no me interesa demasiado porque pertenece al campo de la subjetividad y de lo no verificable. Tampoco me impresionan los tiempos absolutos, los que conocemos como pasado, presente y futuro porque sólo son abstracciones sin existencia real, ni siquiera el presente, y sólo constituyen términos que facilitan evidentemente una metodología del conocimiento.

Muchos encomiaron el *instante* como única posibilidad humana de vivir en plenitud, en plena conciencia, dada la irrealidad del pasado, del presente y del futuro. Pero el instante no constituye tampoco una unidad de medida del tiempo porque, cuando pienso el instante, ya ha pasado, viene otro y otro y así sucesivamente. De manera que, bajo mi concepto de tiempo, el presente y el instante son entelequias creadas y pensadas para entendernos unos a otros

y monologar con nosotros mismos. Y, si el instante no es, puesto que no deja dividirse como unidad de tiempo, tendremos que admitir, contra nuestra costumbre, que sólo podemos percibir el tiempo como un *continuum*.

Cuando decimos que el hombre, en cuanto individualidad, entra y sale del tiempo –concepción y muerte- en un instante concreto, queremos decir seguramente que el tiempo lo contiene como una moneda en el mar. El mar contiene la moneda, como el tiempo al individuo, envolviéndola, pero no limitándola, puesto que el límite se encuentra en la forma de la misma moneda.

La funcionalidad orgánica, en los seres vivos, constituye la vida del individuo y la cesación de esa funcionalidad, la muerte. La muerte, es decir, la cesación, es el paso a otra manera de estar en el mundo, la transformación a la no individualidad, sin que se anule por ello la esencia de la materia. El tiempo, en todo el proceso, es sólo el continente.

CXV

POR eso, los amigos, cuando tomamos café sin prisas ni aspavientos, suelen decirme que soy un pesimista empedernido. Pero no es verdad. Repito mil veces que el pesimismo y el optimismo no tienen nada que ver con mi manera de enfrentarme a la realidad. Considerar el todo como una evolución constante y una transformación que entrañan, en su proceso, una colosal estupidez, no es hacerlo desde el pesimismo o desde el optimismo, sino desde la realidad misma.

CXVI

HEMOS puesto en un altar, intocable por cierto, a los filósofos de todas las épocas. Especialmente lo han hecho los estudiosos y los profesores de filosofía. Pero todos los filósofos, además de sus teorías pertinentes, han dejado escapar en sus escritos notables absurdos, contradicciones y pensamientos vulgares.

Según Diógenes Laercio, Aristóteles definía la amistad como «un alma que habita en dos cuerpos». Es curioso que, aquí, el estagirita abandonara el campo de la lógica en beneficio del campo de la sentimentalidad. Algo tan estúpido como cuando se dice vulgarmente sobre el amor «eres mi media mitad, eres mi media naranja».

CXVII

Y mira, Stelios, una vulgaridad de Kant precisamente. Porque mucho habrá cambiado el carácter de los españoles desde mediados del siglo XVIII, exactamente en 1764, hasta hoy. Kant, en el capítulo IV, dedicado al estudio de los caracteres de los europeos, el último de sus *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, asegura que «el español es serio, callado y veraz». Sonríó únicamente, con un leve movimiento de los labios hacia la derecha, porque quedaría bastante mal reírme sonoramente a carcajadas.

A pocos españoles les convienen los adjetivos serio, callado y veraz. Conozco a algunos, es cierto, pero son la inmensa minoría juanramoniana. El bullicio que me rodea constantemente en la calle, en el bar, en la playa; la falta de seriedad en servicios y negocios (fontaneros, albañiles, restaurantes, talleres...) y la mentira que campea por sus anchas de uno a otro extremo de la península, tanto en personas como en medios de comunicación, me hacen ver a las claras que el filósofo, el escritor en general, cuando posee cuatro o cinco ejemplos, los extrapola a la concepción general del carácter de ese pueblo al que los ejemplos pertenecen.

Pero, en el fondo, qué buenos, amables y bien intencionados son los filósofos. Almas cándidas, impo-

lutas, que sólo pretenden alcanzar el bien común y, a menudo, se equivocan en sus percepciones. Recuerdo que, para Kant, el agricultor que protege su campo de los posibles ladrones y el torero que se enfrenta a un animal salvaje en honor de su dama, realizan «actos desusados y singulares que distan mucho de lo natural». Una de dos: o bien Kant piensa y siente como un profundo romántico entre las nubes o bien yo no veo, ni podré ver, con la agudeza de su filosofía. En realidad, todo eso me resulta estúpido.

CXVIII


Mis queridos amigos Luis y Luisa, mucho más que amigos –no encuentro la palabra que sigue a amigo–, decidieron, al casarse, que no tendrían hijos. Han sufrido durante todos estos años, por tanto, la perplejidad de los otros y la consabida reprimenda, común además, de los que no entienden. Que son egoístas, que se pierden la oportunidad de gozar de la ternura de un pequeño, que no se sentirán nunca en plenitud. Que no serán jamás hombre y mujer en un sentido profundo. ¿Qué sentido profundo?

No sé si su decisión arranca de no permitir sufrimiento alguno a nadie. A la criatura en potencia. Sufrimiento en aprender, sufrimiento en la enfermedad, sufrimiento en el trabajo, sufrimiento en los desastres sociales, etc. O si están convencidos de que traer niños al mundo es únicamente traerlos para la muerte.

Sin embargo, piensen como piensen, demuestran así un mayor cariño y un amor más profundo por el niño en potencia. Un amor mayor, sin duda, del que sienten los que se dejan arrastrar por los dictados de la naturaleza. Es bastante razón no hacer sufrir inútilmente a una criatura en potencia.

CXIX

Y mira también, Stelios, una de las tonterías de Agustín de Hipona, aparte de la narración de sus conversiones y sus problemas de fe tan poco creíbles. Además, se habla poco de sus escauceos para ser nombrado obispo. Bien. En sus escritos titulados *Contra los académicos* (capítulo VI), hablando con Alipio nos dice textualmente: «Porque has dicho, tan breve como religiosamente, que sólo algún divino numen puede manifestar al hombre lo que es la verdad». Y se cayó del caballo, como el otro, en semejante tautología. Una divinidad me dice la verdad y la verdad es la misma divinidad. Perfecto.

ES 13 de junio de 2021 y, puesto que a las **tres de la tarde**  cumpla 75 años, me he sentado en la terraza de una heladería y me regalo a mí mismo, a falta de otros y con mi soledad, una granizada de café. Con un poco de nata que navega por la superficie de este mar circular, oscuro, que se diluye lentamente. Y, de nuevo, el concierto de colores y aromas de otros años se expande, como música multicolor de las flores, pacíficas, hortensias, alrededor de la heladería.

Al poco, un conocido, aunque no demasiado, se sienta junto a mí y me habla. Sabe de sobra que escribo poemas y araña pensamientos, pero ignora de mí cuanto quisiera saber, a juzgar por sus insinuaciones, sus gestos y por el tono pretencioso de su voz. Mira de soslayo el pilot verde y el pequeño cuaderno que siempre me acompañan. Están sobre la mesa, en orden perfecto, tras la copa de granizada. Cuando se va, abro el cuaderno y anoto.

Toda su conversación, que olvido al instante por anodina y cursi, sólo me trae a la memoria una pequeñísima anécdota que me hizo, en su día, reír y comprender: el jefe de la Inteligencia se presentó al zar de Rusia para informarle, con gestos y ademanes de enorme preocupación, que el gran compositor Piotr Ilich Chaikovski, el mismo que había

compuesto *El lago de los cisnes* y *Eugenio Oneguín*, se veía (o convivía quizás, porque nunca lo entendí demasiado bien), en su propia casa, con un oficial del ejército ruso. Tal vez se mereciera, por ello, el destierro y el peor de los castigos. Constituía, en verdad, una ofensa y un gran deshonor para la santa Rusia. El zar (no puedo recordar si se trataba de Alejandro II o de Alejandro III), en cambio, quitándole hierro al asunto, pues admiraba a Chaikovski, dijo con voz serena y magnífica ironía: «En Rusia, tenemos muchos culos, pero un solo Chaikovski».

AUNQUE resulte paradójico y extraño, fuera de lo común y extravagante, pienso con frecuencia en el fracaso de la evolución del ser humano. Y sé, para mis adentros, que no estoy loco en absoluto. El origen de la vida y la evolución en el desarrollo del pensamiento y la razón, desde los primates al hombre, constituye un Mal, un error de la propia naturaleza. De ninguna forma representa, para mí, un Bien. Diréis que alucino y que minimizo, hasta extremos inconcebibles, los avances de la medicina, de la tecnología, de la bioquímica, de la ciencia y del pensamiento en general. No es esa mi intención.

Sin embargo, me reafirmo en mi aserto cada vez que me enfrento a mi propia muerte, a mi transformación, e intento asumir mi desaparición como individuo, como yo, frente a la naturaleza. Es cierto que los animales, por el instinto de supervivencia, sienten miedo ante la muerte. Sienten miedo a ser devorados por otros. Un miedo visceral, instantáneo, único y profundo. En cambio yo, como individuo, siento miedo además a dejar de ser, a seguir masticando mi mundo y mis emociones, a la pérdida definitiva del yo, miedo o angustia que, como se comprende, está más allá del miedo animal ante la muerte.

Y, si en esa evolución, nuestro cerebro, nuestra razón, nuestra inteligencia no hubiesen dado salto alguno desde nuestro estado originario de primates, no nos enfrentaríamos ahora, como seres conscientes, a la idea alienante de la pérdida de la individualidad, de la total e inevitable desaparición, incomprensible desde el punto de vista de la sentimentalidad, del yo que se disuelve y desaparece. Por ello, el dolor de aceptar la transformación a la que nos somete la naturaleza nos enturbia la visión de la totalidad, de la naturaleza que en realidad somos. Un Mal evidente que sólo es consecuencia implícita de la evolución natural del hombre.

CXXII

LA hipocresía de los sistemas religiosos, de la que dentro de poco ni siquiera estará libre, al menos para mí, el jainismo, me la demuestra una vez más el Muro de las Lamentaciones en Jerusalén. Muchas letanías, muchas jaculatorias, muchas expresiones de humildad, de recato, de piedad inmediata, muchos besos a la pared, muchos golpes con la frente en el cemento, en el mismo instante, precisamente, en que hacen caer sus bombas en colegios, en playas, en casas y calles, sin discriminación y sin peso alguno en la conciencia. Ese es el efecto despiadado de las religiones del Libro. Pura fantasía la religión. Puro interés la venganza y la impiedad de los crímenes. Y su Dios, en el medio, abandonado e inservible.

CXXIII

DURANTE la Semana Santa de 2014, traduje para mi amigo José Manuel Padilla *El Evangelio de Tomás*, en griego. Por pura diversión, por puro entretenimiento en unas fechas que siempre me provocan la misma desazón, abatimiento y desesperanza. Me resulta simpático ese lenguaje tan alejado del aticismo y tan próximo ya a los principios del griego moderno de mediados del siglo XI. Un lenguaje que constituye lo que denominamos *koiné evangélica*. Tantos libros y libros se escribieron antes y después de Cristo sobre temas religiosos judíos, que me producen la misma impresión que tengo frecuentemente ante miles de libros de poesía contemporánea. Facilonos, pretenciosos, arrogantes. Unos en nombre de Dios y sus profetas y otros, en nombre de la Poesía, que viene a ser uno y lo mismo.

Pero, ahora, hace exactamente dos horas, acabo de encontrarme, en un diminuto mercadillo, *El Evangelio de Judas*. Total, tres euros. Aquella obra, en copto, que produjo tanta conmoción en los medios, descubierta recientemente y estudiada por la National Geographic, con las aportaciones de conocidos eruditos como Rodolph Kasser, Marvin Meyer y Gregor Wurst (nada tiene que ver con la cantante televisiva).

Y, al leerlo, descubro, asombrado, que es otra de las ingentes estupideces de aquellos autores que pretendieron, en su momento, destacar en ciertos aspectos religiosos, alterar el orden de los acontecimientos en su favor, desarticular el camino común de la creencia general y convertirse en héroes anónimos que nadie conoce.

Aquí, el apóstol predilecto es Judas y el medio en que se mueven los personajes es puramente gnóstico. Muy divertido, por cierto. Aunque lo único que me queda por admitir como cierto es su valor arqueológico. Nada más.

De mayor interés resultan aquellas viejas *Memoorias de Judas* de Ferdinando Petruccelli della Gatina, publicadas en París en 1867 por A. Lacroix, que tanto y tanto preocuparon a los religiosos de toda Italia. Dejando a un lado su valor literario, un poco facilón diríamos, la obra de Petruccelli es un intento de desestabilizar la figura de Jesús, que queda convertido en un hombre arrogante y vanidoso, frente a la personalidad firme y radicalmente política de Judas.

CXXIV

No sé, mi querido amigo, si en tu religión, la Ortodoxia, se cometen también interacciones con otras realidades no religiosas. Sé bastante poco de la relación entre la Iglesia y la Tauromaquia. Y estoy a la espera de leer la tesis doctoral que, sobre este tema concreto, realiza en estos días mi amigo Almeida en la Universidad de Sevilla.

Sólo sé que la Hermandad de El Rocío de Almonte realiza exposiciones de trajes de luces y que los toreros, a su vez, rezan, antes de salir al ruedo, a estampitas de vírgenes y santos para obtener su protección. Así, libres de pecado y seguros ante el peligro, obtienen la autorización divina para matar toros por pura diversión.

No sé si comprendes la estupidez, Stelios. Te la explicaré por teléfono con más detalles. Sin embargo, no quiero referirme ahora a Eugenio Noel porque hablé del personaje con cierto detenimiento en mis libros anteriores.

Y, mientras reflexiono, sentado en un banco para matar el tiempo, sobre la profunda enemistad entre lo vivido y lo no vivido, por culpa de mi convencimiento o de mi carácter, me vienen a la memoria dos disparos de revólver. Casi siempre me acompañan en momentos de angustia. Tan sólo dos disparos: el de Antero de Quental y el de Kostas Karyotakis.

El primero, miembro de la Escuela de Coímbra, escribió casi siempre sonetos a lo largo de toda su vida, además de cuestiones filosóficas y de preocupaciones sociales en una prosa excelente que sirvió de modelo a prosistas posteriores. Perfecto polemista y verdaderamente preocupado por la clase trabajadora, escribió sonetos dedicados a Dios, a Cristo, a la Virgen y alucinaciones parecidas que nunca conseguí entender. Entre su personalidad combativa, sus problemas nerviosos y sus sonetos percibo una grieta, un abismo que no me conduce a parte alguna. Incluso uno de sus estudiosos llega a decir: «*Um monge cristão escreveria isto. E Antero de Quental nem é cristão, nem crê em Deus, nem na Virgen, segundo o sentido ordinário da palavra crer*». Y un amigo de infancia decía de él: «*Sempre o conheci socialista desde os verdes anos... Quer-me parecer que o era mais por simpatía pelas classes desvalidas,*

do que por ter feito un estudo profundo das questões sociais».

En una carta autobiográfica, en la que exponía detalles de su vida y de su obra, se refirió a su futura muerte con estas palabras: «He muerto», decía literalmente, «después de una vida moralmente muy agitada y dolorosa, en la placidez de pensamientos muy hermanos de las más íntimas aspiraciones del alma humana y, como decían los antiguos, en la paz del Señor. Así lo espero». Sin embargo, sucedió todo lo contrario. Compró una pistola y, al día siguiente, se pegó un tiro, sentado en un banco, parecido a éste mío de ahora, que se encontraba al lado del convento de la Esperanza, para mayor paradoja. Era el 11 de septiembre de 1891.

Kostas Karyotakis, máximo exponente del pesimismo griego tras la descomposición de la Gran Idea en 1922, con la caída de Esmirna, influyó positiva o negativamente, con sólo tres libros de poemas, en una miríada de poetas que lo siguieron. Tras el intento fallido de ahogarse en el mar, compró una pistola y se suicidó al día siguiente, 21 de julio de 1928, tras haber dejado escritos su razón y su desapego: «Mi gran defecto ha sido tener una curiosidad desenfrenada, una imaginación morbosa, intentar conocer todas las emociones sin probar ni experimentar gran número de ellas. Todo lo real me es repugnante. Pago por todos los que, como yo, no han encontrado un ideal para su vida, y que consideran toda su existencia como un juego sin sustancia».

Alguien viene a sentarse a mi lado en este banco de madera. Sin mirar a derecha ni a izquierda, me levanto y me voy. Es difícil, en nuestros días, comprar una pistola.

CXXVI

No sé por qué razón, me ha venido a la cabeza el recuerdo de Lucano, aquel sobrino de Séneca que escribió la *Farsalia* y tanto alabó a Nerón en los primeros capítulos de su libro. Sea verdad o invención del propio emperador, Lucano acusó de conjura a su propia madre para salvarse de las garras mortíferas del emperador.

Por ello, pienso, en este aburrimiento mío que me pone de los nervios con frecuencia, si la obra de arte, al menos en literatura y en filosofía, debe considerarse en sí misma, aislada, independiente de los comportamientos éticos de quien la escribió. En música, escultura y pintura, la obra de arte se encuentra, según entiendo, a mayor distancia de su autor. Todas las obras realizadas en esas artes son, por así decir, objetivables, independientes, viven en un espacio y en un tiempo, exentas, y pueden considerarse en sí mismas sin atender a las debilidades éticas de su autor.

Sin embargo, los que escriben y los que piensan dejan una buena parte de sí mismos en sus obras, sean de la naturaleza que sean, y se reflejan en ellas, aunque se oculten conscientemente, como en espejos purísimos y fieles. Sus obras no son nunca independientes de sus comportamientos éticos, en cuanto individuos, no son exentas, no viven por sí mismas,

porque en ellas están las huellas del comportamiento del autor frente al mundo. Sólo hay que mirar profundamente, dentro de esas obras, para descubrir lo que hay en ellas del individuo que las crea. El crítico sólo aspira a la descripción de la obra de arte, a su glosa, a su exégesis, pero olvida con tozudez este entramado al que me refiero y me desconsuela.

CXXVII

No creas en absoluto, Stelios, que imagino o que invento. He visto esta mañana, por la ciudad y al lado de una iglesia, un hombre altísimo, como si fuese hombre y medio, vestido de payaso, con colores estridentes, rojos, azules, verdes, y sombrero amarillo. Me quedé mirando su altura y entendí que estaría subido con seguridad sobre unos zancos pequeños escondidos en sus pantalones. Para mi sorpresa, nadie lo miraba. Incluso los abuelos apartaban por la fuerza a sus nietos, que, quedándose rezagados, abrían ante él sus bocas llenos de curiosidad y estupor. No pude entenderlo, hasta que puse mi atención en una gran pancarta que levantaba entre sus manos. «Las religiones no nos sirven para nada», decía. «Olvídate de todas ellas». Entonces comprendí, me acerqué a él, lo felicité por su coraje y atrevimiento, y le dije: «Enhorabuena por tu valentía, especialmente porque te atreves a hacer esto en una ciudad entregada a las imágenes. ¡Ojalá que tu aventura provenga de la razón y no del capricho!». Me dio las gracias, aunque sus ademanes evidenciaron con claridad que no había comprendido en absoluto mi intención.

Mientras me alejaba, iba rumiando en mí cómo los estados europeos deberían prohibir las manifes-

taciones públicas de todas las religiones y la construcción de nuevos templos, iglesias, mezquitas, sinagogas, pagodas, es decir, de todo aquello que facilite la expansión de los conceptos religiosos. Especialmente, las manifestaciones públicas de las religiones del Libro, porque las tres entrañan, de mil maneras, violencia, intolerancia y perversión. Sin referirme a las religiones orientales, puesto que no conozco suficientemente su expansión por el occidente europeo.

Todas las religiones aspiran al poder universal de sus creencias y, convencidas de que su verdad se encuentra por encima de las otras verdades, actúan contra la convivencia, contra la res-publica, intentado someter la voluntad de la mayoría.

Las religiones, por definición, pertenecerían, así, al ámbito de lo privado, exclusivamente, y los estados deberían educar y enseñar, en el ámbito de lo público, la rectitud de los comportamientos, la conveniencia de una vida sin Dios, plena, consciente, natural, ética, y sin ataduras inventadas por la condición humana.

CXXVIII

Dos veces, siendo joven, inexperto y amante de la verdad, me vi obligado a correr hacia mi casa entre insultos y golpes. La primera vez, el rector del seminario de San Telmo en Sevilla me había invitado a una reunión en la que, según decía, íbamos a hablar de arte. Acudí a la parroquia de mi barrio y, en una sala preparada de antemano, nos sentamos un grupo de unas treinta personas, casi todos ellos hermanos de la cofradía de la parroquia. La charla sobre arte desvió, como era de esperar en esta ciudad, hacia las imágenes de cristos y vírgenes. Estaba inquieto. Alguien aseguró: «Esa imagen de Cristo me produce escalofríos y me hace llorar hasta que empiezan a dolerme los ojos». Otros, muy brevemente, aseguraron que a ellos también les ocurría lo mismo. Y me preguntaron entonces: «Y ¿a usted también le pasa?». Respondí: «A mí no me produce escalofríos ni llanto alguno un trozo de madera que no es arte en absoluto sino manierismo puro y duro». Empezaron a gritar: «¡Tú no tienes ninguna sensibilidad! ¡Eres un burro sin alma!». Se levantaron de las sillas y alzaban sus brazos amenazadoramente. Salí corriendo con un puñado de intransigentes [tras de mí](#) y pude llegar a casa antes que ellos. Comprendí aquel tipo de estupidez: la intransigencia de lo que cada

uno considera absoluto, tanto mi absoluto como el de los demás.

CXXIX

LA segunda vez, Stelios, también tuve que salir corriendo por culpa de mis convencimientos juveniles. Se celebraba una lectura de poemas de un círculo literario, que tenía incluso una sede en Sevilla, cuyo nombre no recuerdo. El lugar era una casa antigua de vecinos, con sabor a tiempo pasado, en San Juan de la Palma. Y leyeron allí sus poemas amas de casa, taxistas, albañiles, es decir, hombres y mujeres de todas las profesiones. Ahora comprendo que tenían todo el derecho a expresarse como quisieran. Pero la mucha juventud entorpecía a veces mis emociones. Así que, cuando todo terminó y cesaron los aplausos, me levanté con atrevimiento y dije en voz alta: «No comprendo cómo llamáis poesía a todo esto. Ni es poesía ni es nada. Mariposa, hermosa, escandalosa, frondosa, preciosa y más y más osas no hacen poesía». Los insultos y los gritos llegaron al cielo. Terminé refugiándome en casa como pude.

CXXX

A veces, mi querido Stelios, me detengo a pensar si mi aburrimiento es el mismo que el de André Gide, si tiene sus mismas raíces o sus mismos aspectos. Yo, al menos, me aburro en la casa, me aburro en la calle, me aburro en la cafetería con los amigos, me aburro al teléfono, me aburro leyendo libros, me aburro viendo películas o series, me aburro con la filosofía, me aburro en el teatro, me aburro en la ópera. O, quizás, ese sentimiento, sensación o impresiones, que llamo aburrimiento, sólo sea la conciencia de que a nada doy valor, de que a nada me ato, de que nada alcanza para mí la dignidad o la altura que pretendo. Es posible que se trate simplemente de la imposibilidad de conseguir la perfección en cuanto me rodea. No conseguir la perfección conduce a frustraciones, como asegura la psiquiatría, o a lo que llamo vulgarmente aburrimiento.

AUNQUE casi todos alaban, dentro de nuestra tendenciosa y parcial tradición, a Eusebio de Cesarea como primer historiador de la Iglesia de Roma e incluso como pionero de la Patrística, siempre me pareció un extraño personaje que conocía bien sus posibilidades y sus intereses. Ratita de biblioteca, como decíamos entre nosotros, capaz de recopilar toda clase de datos concretos que consiguieran prestarle un beneficio. A él y, evidentemente, a la incipiente Iglesia. Demasiado tendencioso, aunque disciplinado y constante.

Y, sentado estos días de verano a la sombra de un dadivoso pino, me vino ese tufillo a podrido o a interés desmesurado mientras leía los *Discursos de Eusebio el de Pánfilo sobre la vida del bienaventurado rey Constantino*. Aunque sabía que los panegíricos y los encomios eran lugares comunes de la época, me parecía evidente que Eusebio defendía el papel que Constantino había jugado a favor de la Iglesia a partir del 313. No creo que le interesara en absoluto la persona del emperador ni los entresijos de la corte, sino el beneficio que proporcionaban esas dos categorías a la propia Iglesia. Y me resulta lógico que los eruditos cristianos defiendan hoy los escritos de Eusebio, aún a sabiendas de que los fal-

sean para sacar a la luz lo provechoso, lo que les produce interés. Sé demasiado bien que lo hacen desde el punto de vista de su fe, no de la realidad misma.

Entre tantas y tantas palabras, con un estilo que descansa siempre en multitud de participios y en una consciente alteración del orden sintáctico, rebuscado diríamos, y entre tantas alusiones a Dios y al comportamiento piadoso del emperador, la verdad de Eusebio es esta (I.3.1.): «...ἀθέων μὲν καὶ θεομάχων τυράννων ἀπενκτὰ δείξας τοῦ βίου τὰ τέλη...» («...mostrando la muerte ignominiosa de tiranos ateos que combatían contra Dios...»). Pues evidentemente (I.3.4): «Κωνσταντῖνος θεῶ τῷ παμβασιλεῖ μόνος τῶν πάποτε τῆς Ῥωμαίων ἀρχῆς καθηγησαμένων γεγινὼς φίλος...» («Constantino ha sido el único que se ha hecho amigo de Dios, soberano del universo, de cuantos romanos tuvieron un día el poder...»).

Es la misma actitud solapada y perversa que esconde Eusebio cuando nos asegura haber visto una supuesta correspondencia entre Jesucristo y el rey Abgaro V de Édesa. Su propósito es bien sencillo: legitimar una leyenda, ya existente, sobre el pañuelo de la Verónica. Agrandar, multiplicar el poder de la Iglesia con este comportamiento de propaganda religiosa significaba al mismo tiempo el empobrecimiento de la razón y el enriquecimiento del fanatismo.

Cansado de leer estupideces semejantes, dejé en su sitio la gozosa sombra del pino y regresé a casa. Busqué como loco un ejemplar dormido en mi bi-

biblioteca de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1788), de Edward Gibbon, y otro de *Die Zeit Constantins des Großen* (1853), de J. Burckhardt. Comprendí al instante que no iban tan descaminados los pensamientos que me dominaron durante el tiempo en que gocé de la sombra.

Y más hubiera avanzado nuestro occidente europeo en el camino de la libertad del hombre, individual y colectiva, pensamiento y comportamiento social, si, en vez de los libros mencionados de Eusebio, tendenciosos indiscutiblemente, se nos hubiese conservado aquel otro libro mencionado por Diógenes Laercio, *Sobre los dioses*, cuya autoría atribuye el autor griego a Teodoro el Ateo. En el libro II de su *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, nos dice con una claridad envidiable (II, 97): «Ἦν δὲ Θεόδωρος παντάπασιν ἀναιρῶν τὰς περὶ θεῶν δόξας· καὶ αὐτοῦ περιετύχομεν βιβλίον ἐπιγεγραμμένον Περὶ θεῶν, οὐκ εὐκαταφρονήτου· ἐξ οὗ φάσιν Ἐπίκουρον λαβόντα τὰ πλεῖστα εἰπεῖν» («Y era ese Teodoro el que suprimió absolutamente las opiniones sobre los dioses; y encontramos al azar un libro suyo, nada desdeñable, titulado *Sobre los dioses*, del cual se dice que tomó Epicuro bastantes de sus pensamientos»).

No nos interesa demasiado saber si Epicuro tomó, o no, de su contemporáneo Teodoro, tres años mayor que él, ciertos matices específicos de su pensamiento. El interés, supongo, será buen fruto para los historiadores del pensamiento. En lo que pretendo insistir es sencillamente en que la desaparición de *Sobre los dioses* dejó huérfanos, en parte, a los hom-

bres que quisieran en adelante conocer la verdad de la naturaleza humana como parte de un todo, sin fantasías, sin dioses y sin quimeras.

Y, como se comprenderá, sólo coincido con Teodoro en su ateísmo y no en su opinión sobre las mujeres. Para responderle ya encontró su varapalo en el libro de Hiparquía de Tracia, *Cuestiones sobre Teodoro el Ateo*.

CXXXIII

PERO pasó la niñez y perdí, como todos, la inocencia primera y aquella Arcadia de los poetas que, sólo en parte, tuve. La razón y el estudio me hicieron comprender en su justa medida las persecuciones y los martirios desde que escuché decir a Gibbon (*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire, 1776-1788*)¹ que sólo sucumbieron 4000 cristianos a partir de Nerón y la mitad de ellos, exactamente, bajo Diocleciano, a lo largo, así, de un recorrido histórico que dura 250 años aproximadamente. El empleo de los números es, a todas luces, un tanto aleatorio, aunque convincente. Pero, al respecto, recuerdo una frase curiosa de Esteban Tollinchi que venía a confirmar mis sospechas: «Sin embargo, los mártires y las persecuciones no fueron tan sistemáticas ni tan cruentas como cuenta la leyenda posterior» (*Las metamorfosis de Roma*, Universidad de Puerto Rico, 1998, pág. 344).

Roma, bastante permisiva respecto a la fe de los individuos, no combatió jamás contra sectas y creencias, sino únicamente cuando infringían las leyes, cuando suponían un peligro posible para el Estado y, especialmente, cuando se oponían a la divinización del emperador, costumbre iniciada en Octavio como artilugio para fortalecer la unidad del Imperio. No

fueron bien vistas las religiones místicas, es verdad, por su oscurantismo y su carácter opaco, e incluso llegaron a prohibirse las bacanales, en cuanto fuente de conspiraciones, en el decreto senatorial «De bacchanalibus» del 168 a.C. en el que se establecía pena de muerte para los organizadores.

Seguir creyendo en semejantes estupideces de mártires y martirios es continuar en la ignorancia más execrable, en no querer reflexionar y no alcanzar la voluntad de conocer la verdad: cómo se las ingenió la Iglesia primitiva para fortalecerse a sí misma en el miedo y en el poder. Y nada mejor que hacerlo bajo la apariencia de pobre víctima. ¡Qué pena! ¡Qué dolor! Mentiras y mentiras.

CXXXIV

BAJO a la arena de la playa y escucho de nuevo el mar, «*toujours recommencée*», como diría el poeta. Y no sé por qué se levanta de las aguas la imagen de Libanio. La veo con nitidez. Se me acerca y pretende hablarme sin conseguirlo. Abro los ojos y no está y comprendo que sólo había aparecido en mis ensueños, mientras cerraba los ojos a la luz cegadora de agosto. Al cerrarlos de nuevo, vuelve recitando ante Teodosio su discurso «En defensa de los templos», o «*Pro templis*» (385-388), con aquellas formidables palabras impresas en mi corazón para siempre: «οἱ δὲ μελανειμονοῦντες... καὶ κρατοῦντος τοῦ νόμου θεοῦσιν ἐφ' ἑρὰ ξύλα φέροντες καὶ λίθους καὶ σήδερρον, οἱ δὲ καὶ ἄνευ τούτων χειῖρας καὶ πόδας» («y los que van vestidos de negro [los monjes]... violando la ley, corren a los templos con garrotes, piedras y barras de hierro, los demás, sin esas armas, utilizan manos y pies»).

Libanio me sigue hablando y, bajo el leve murmullo de las olas, se repiten en mi cabeza, con vigor y verdad, sus asertos sobre el incendio y derribo de los templos, el asesinato de los sacerdotes, la destrucción de las estatuas y de los campos colindantes, y el saqueo vergonzoso de cuanto los cristianos encuentran a su paso. Libanio, por todo ello, no entiende que quienes predicán la no violencia actúen

de manera tan intolerante y violenta contra objetos y personas. Me cuenta después, y al emperador, cómo abatieron la hermosa estatua de Asclepio, con el aspecto de Alcibíades, en la ciudad de Berea. Además, confiesa que las presuntas conversiones masivas carecían de sinceridad y se llevaron a cabo por miedo.

CXXXV

VAMOS a dejarnos de falsos mártires cristianos y vayamos directamente al polo opuesto, es decir, a las inmensas matanzas de paganos que hicieron los corderitos cristianos.

Y seguimos sobre la arena de la playa. Escondido tras Libanio, visible apenas, puedo ver también a Cinegio Materno, prefecto de Oriente, que, en 386, en connivencia con el obispo San Marcelo, forma bandas armadas y destruye los templos antiguos del norte de Grecia, de Siria y de Egipto, y organiza la matanza de miles de inocentes paganos en el campo de concentración de Skythopolis. Y veo en sus ojos, como reflejos, a los *ermitaños del desierto* que van arrasando templos, bibliotecas, estatuas, altares, mientras él mismo masacra a 7000 insurrectos en Tesalónica por instigación de Acacia, su esposa, tan piadosa y creyente que, tras su muerte, hará traer su cadáver desde Constantinopla hasta nuestra península. Son verdaderos artífices de la llegada al poder y de la extensión del cristianismo. Por la fuerza, indiscutiblemente.

De pronto, sin saber por qué, desaparecen mis visiones. Miro de nuevo al mar y una paz interior se apodera de mí, extendiéndose por mis miembros, dejándome suspendido, como si flotase involuntaria-

mente por las dunas y los pinos. La paz de quien sabe
cómo se formó la mentira.

CXXXVI

ENTRO en un supermercado para comprar fruta. Me acerco a los estantes y observo que toda la fruta, aparentemente buena, está a punto de pudrirse. A mi lado, una señora, protegida con guantes, mete algunos kilos en un bolsa de plástico. Le digo: «Señora, esa fruta estará podrida mañana». Me contesta: «Y ¿a usted qué le importa? Yo compro lo que quiero».

Observa, Stelios, que es imposible, verdaderamente imposible, convencer a nadie de que está equivocado. Y el error continúa existiendo durante siglos. ¿Cómo convencer a un ser vivo de la estupidez de nuestra existencia?

CXXXVII

HACE bastantes años, Stelios, que dejé de leer voluntariamente a los filósofos moralistas. Me perdí definitivamente entre términos infinitos como ética analítica, ética aplicada, lenguaje moral o metaética, ética normativa, ética profesional, bioética, métodos holistas, coherentismo fuerte, coherentismo moderado, cognitivismo mínimo y mil términos más. Cada autor, un término nuevo y, por tanto, un laberinto enorme por donde se pierden los conceptos. La culpa será mía, supongo.

Y, como ocurre siempre, casi todo es mentira. ¿El bien es uno o es múltiple? ¿Se debe escribir Bien, como en Platón, o bien como en los moralistas recientes? Según los estudiosos hay un bien utilitarista (el que contribuye a la mayor felicidad posible de la mayoría); un bien naturalista (el bien de nuestra especie en cuanto a su supervivencia); un bien hedonista (el que produce bienestar y placer) y finalmente un bien metafísico (el deseo de una voluntad libre o Dios). Y existen, según tales moralistas, muchísimos más que no debo anotar aquí.

El enredo se multiplica hasta la estupidez. Mientras, nos vamos haciendo viejos, caminamos mal y morimos, incluso, en la paradoja de no estar seguros de nada respecto a la moral. Y ¿a quién le importa? Sólo a los moralistas.

CXXXVIII

Si pudiera citar de memoria a todos los hombres que la Iglesia canonizó, para su beneficio, y vivieron durante los cuatro primeros siglos de nuestra era, me volvería loco sin discusión alguna. Obispos que masacran, leyendas que producen miedo y estupor, adalides de las conversiones, casi siempre forzadas por intereses. Me volvería loco y, por ello, con tu permiso y benevolencia, Stelios, he decidido olvidarlos.

Pero, en cambio, me acuerdo ahora de dos personajes que hicieron mis delicias cuando reflexionaba sobre ellos: Símaco y Olimpio. El primero consiguió, tras varios años de insistencia, que se volviera a levantar el altar de la Victoria (400 d.C.) en el interior de la Curia Julia, tras una fuerte polémica con San Ambrosio de Milán (otro santo). El hecho tuvo, en mi opinión, más carácter político, la conservación de la tradición en los actos senatoriales, que religioso, aunque no podía ser bien visto de ninguna manera por los fieles cristianos. Por ello, Símaco se nos ha mantenido como uno de los últimos defensores del paganismo antiguo. Sin embargo, quizás podamos considerar como uno de los últimos románticos, en defensa de los dioses, a Olimpio de Alejandría, porque, tras ciertas refriegas con los cristianos, se encerró en el Serapion de la ciudad, junto al dios Serapis,

hermosa estatua del dios tutelar de Alejandría. Los cristianos instigados por el obispo Teófilo asolaron el templo (391 d.C.), destruyeron la estatua y destrozaron la estupenda biblioteca, cuyos papiros desaparecieron o se dispersaron. El templo se dedicó en adelante a San Juan Bautista y quedó en pie hasta el siglo x. Años más tarde de la destrucción del Serapion, otro obispo, Cirilo de Alejandría, ordenaría la muerte de Hipatia, ya en 415, a la que todos conocemos hoy afortunadamente.

Lo que quizás no nos sea demasiado conocido es el infantilismo estúpido, el que entiende perfectamente la gente sencilla y confiada, de aquel obispo copto de 696, siglos después, que tildó a Hipatia de bruja, pues, según él, había conseguido castrar la voluntad del prefecto Orestes y, con sus magníficos hechizos, había puesto en peligro la ciudad de Alejandría. Los cristianos, según el mismo obispo, para no sucumbir a sus males, se vieron obligados a matarla. Y aquí la estupidez: los cristianos matan.

CXXXIX

No he tenido hijos, pero he plantado árboles y he escrito un puñado de libros que algunos leen, pero que quedarán sin abrir para la inmensa mayoría que no lee ni reflexiona ni pretende utilizar la razón frente a la vida. Nada cambia. No dejaré espacios o sillas vacías en academias ni instituciones. Cuando me vaya, seguirá existiendo este vínculo imbécil entre Iglesia y Estado, seguirán mis contemporáneos sacando a las calles sus imágenes en un enredo insoportable entre la fe y la razón, seguirán maltratando al toro y asesinando animales por ocio o por espectáculo, seguirán empobreciendo al pobre y robándole cuantos bienes sociales consiguió a lo largo de décadas, seguirán enfrascados en sus ideologías políticas de izquierdas o derechas, sin menoscabar un ápice el beneficio de las finanzas. Pero, si nada de todo eso he conseguido, al menos me llevaré conmigo esta firme protesta contra las desviaciones y contra la pérdida del sentido común. Especialmente, mi firme protesta contra la estupidez.

CXL

Y, si en algo puedo mostrar mi coherencia, será sin duda en mi constante execración de la hipocresía. La hipocresía del poder, de las actividades sociales, de todas las ideologías políticas y religiosas, y de las costumbres, incluidos con frecuencia el amor y la amistad. Aunque se me antoja que en este tipo exacto de hipocresía tiene bastante que decirnos la mediocridad. Al mediocre le resulta más fácil ser hipócrita, ante los demás, que al hombre justo, al no mediocre, al hombre que practica la virtud en medio de la hostilidad en que se mueve.

DESPUÉS de tres curvas en mi coche, viene la publicidad de la radio. Y, al escucharla, me bajo del coche, doy patadas al aire, me quito la correa y sacudo bien el culo de pontífices, prelados y curas. Porque el descaro de la Conferencia Episcopal alcanza el límite de lo razonable, de la racionalidad. Han creado, pagando supongo, toda una publicidad encaminada únicamente a convencer a creyentes y no creyentes de que ganarán el cielo, no se sabe cuál, si en la declaración de la renta les asignan un tanto por ciento de lo que entreguen a Hacienda. Los votos de pobreza, castidad y obediencia van reduciéndose lentamente para convertirse en uno solo: la banca vaticana.

Qué lejos ya del esquizoide Pablo de Tarso cuando afirmaba, entre sus muchos desvaríos, que el sacerdote debe sostenerse exclusivamente de su ministerio. Nunca de la política y de los arrumacos del poder. Y decía: «Ita et Dominus ordinavit iis, qui Evangelium annunciant, de Evangelio vivere» o, lo que es lo mismo, «Ὅτως καὶ ὁ Κύριος διέταξεν τοῖς τὸ εὐαγγέλιον καταγγέλλουσιν ἐκ τοῦ εὐαγγελίου ζῆν» (Ad Corinthios, I, 9, 14). Espero que la Conferencia Episcopal sepa leer, si no griego, sí latín, que para eso es su lengua, aunque sea latín macarrónico.

CXLII

Los últimos diez minutos de cada clase, Latín o Griego, dejaba la materia en cuestión y preguntaba: «¿Algún niño quiere ser sabio?». Al principio, se enfadaban conmigo porque los llamaba niños y porque no sabían qué preguntar. Al poco tiempo, en cambio, terminaban comprendiendo que sus preguntas podían abarcar cuanto quisieran, fuera o dentro de la asignatura.

Empleara, o no, la mayéutica socrática, el objeto era mucho más simple: intentar que cada alumno adquiriera cierto sentido crítico ante ellos mismos, ante la existencia y ante todo lo que los rodeaba. La estupidez fue que nunca tuve una estadística concreta sobre cuántos de ellos lo consiguieron. Al menos estoy seguro de que oyeron hablar un día de lo que significaba tener sentido crítico sobre la realidad.

CXLIII

LA escritura, la masturbación y la muerte son actividades humanas que entrañan y constituyen las cimas más altas y más intensas de la soledad. Escribir, en cuanto soledad de la razón y el pensamiento bajo una determinada forma de expresión. Masturbarse, en cuanto separación del goce compartido o separación del otro. Morir, en cuanto forma suprema de soledad frente a la transformación irrevocable de nuestro ser en naturaleza. Si la primera y la segunda entrañan un tipo de autoconocimiento absoluto y un aislamiento de la realidad circundante, aunque contengan también lo natural, la tercera nos sumerge en las pautas o conductas generales de lo existente. De la estupidez de la existencia

CXLIV

RECUERDA, Stelios, que vuestro Seferis solía decir que todo el que lee se siente con la capacidad de escribir poemas y de juzgar sobre la obra escrita. La razón era solamente que todos poseen la misma lengua y se sienten capacitados para opinar sobre ella. Es un bien común heredado por la comunidad. Heredado de los padres. Pero, en verdad, no todos tienen suficiente conocimiento para emitir opiniones de estilo y opiniones sobre estructuras lingüísticas o sobre géneros literarios.

No puedo adivinar, es cierto, a dónde va la poesía. Lo que veo, sin embargo, me entristece. El poeta de hoy escribe en prosa, la corta pacientemente por donde le parece y la transforma en versos, unos tras otros. La metáfora, la imagen, el ritmo y la cadencia interior se han perdido para siempre. Ya lo dije más arriba. Y me suelen decir que yo soy viejo, que ya estoy viejo, que me he quedado atrás. Que todo eso ha desaparecido para siempre. Y me lo dicen incluso quienes elaboran tesis doctorales sobre poesía reciente.

A mí me da igual, porque no leeré poesía ni prosa tras mi muerte. A donde vaya, irá. Sin duda. Pero yo prefiero quedarme ahora con lo bello y con lo hiriente.

CXLV

PORQUE, mi querido Stelios, si yo fuera un buen mecánico, sabría arreglar un coche. No cabe duda. Y en todas las profesiones, supongo, debe ocurrir lo mismo. Por eso me pregunto por qué la poesía actual no sabe su propio oficio. En dos direcciones precisamente: en la métrica y en las figuras literarias.

Hace años, cuando empezábamos a ilusionarnos con la idea de ser poetas, siempre teníamos a mano aquella métrica, aquel manual de métrica de Tomás Navarro Tomás. Aprendíamos, investigábamos, sabíamos de memoria todas las estrofas con sus correspondientes ejemplos. Y, aunque no utilizásemos ya las estrofas, sí conservábamos los esquemas rítmicos del verso, especialmente los del heptasílabo y el endecasílabo. E incluso, al mismo tiempo, conocíamos todas las figuras literarias posibles, tanto en las lenguas clásicas, latín y griego, como en nuestra propia lengua.

Sé que todo ha cambiado, por una parte, porque el verso libre ha desbancado para siempre a la métrica tradicional y, por otra parte, porque tanto el estudio de la métrica como el estudio de las figuras literarias se ha complicado por la diversidad de puntos de vista de los estudiosos, por la perspectiva que cada uno adopta. Como ocurre en la filosofía o en la moral. Pero el hecho de que el propio poeta

ignore, porque no los utiliza, los principios básicos de las dos disciplinas supone un verdadero desconocimiento del oficio. Y, finalmente, el abandono de la estrofa no debe conducir al abandono de la música, del ritmo. ¿Comprendes la estupidez, Stelios?

CXLVI

MIENTRAS me siento tranquilamente al lado de la biblioteca, acerco mis manos, sin quererlo, a un libro de Ibn Warraq que vi mencionado en diferentes ocasiones por estudiosos del ateísmo. Se titula *Por qué no soy musulmán* (Barcelona, Ediciones del Bronce, 2003, en traducción de Susana Rodríguez Vida) en recuerdo sin duda, como hicieron tantos otros autores, de aquel libro de Bertrand Russell, *Por qué no soy cristiano*, de 1927, que tantos rechazos y adhesiones se ganó durante las décadas siguientes a su publicación. En realidad, nunca había abierto el libro, aunque a veces lo miraba de soslayo, puesto que estuve durante mucho tiempo obsesionado únicamente por los materiales que contuvieran pensamiento occidental.

CXLVII

NUESTRA percepción de la realidad, mi querido Stelios, es tan irreal, por así decir, y tan falsa que engaña sin piedad a la mayoría. Y se nos impone como defensa de la misma naturaleza para suprimir conciencias y acallar voluntades. Mi vida, incluso la tuya, es mucho más pequeña y débil que la punta de un alfiler, muchísimo más pequeña, microscópica, insignificante, si la comparamos, por ejemplo, con el tiempo transcurrido desde la última glaciación. Más pequeña aún que un relámpago, un chasquido de dedos, un movimiento de los ojos. En efecto, la percepción de la realidad se nos da como un todo presente, inmóvil, aparentemente eterno, en pequeños cambios, minúsculos, que se nos antojan pasajeros.

Y, por culpa de esa falsa percepción, las madres tienen hijos, los amamantan, los crían y los educan. La realidad, en cambio, nos demuestra que están muertos desde su nacimiento. Perdóname. Perdóname. Sé que te lo he repetido mil veces: tener hijos es tener hijos para la muerte. Pero me dicen y me gritan afirmando: «No están muertos, están vivos y tienen que crecer y vivir y gozar lo más intensamente posible».

Y nadie se da cuenta de que la percepción de la realidad, en ellos, está sesgada, es falsa, constituye un formidable espejismo en las fauces del tiempo.

CXLVIII

PERO explícame, Stelios, dame tu opinión a mi pregunta para que pueda profundizar en ella con tu ayuda y la de los demás. ¿Por qué nadie en absoluto, nadie, se plantea que tener hijos es tener hijos para la muerte? ¿Por qué nadie se lo plantea si la muerte resulta irrevocable?

CXLIX

DE la misma manera, ¿nadie se plantea si todos los anuncios publicitarios son mentira? ¿Nadie? Quizás nadie, porque, si todo el mundo se lo planteara, las empresas nada venderían y terminarían por desaparecer, ellas y sus anuncios. La mentira convertida en arte publicitario. ¿Comprendes, Stelios, la similitud entre las dos estupideces?

HAY hombres, incluso filósofos, que construyen castillos en el aire, quiero decir, sin cimientos hundidos en la tierra. Es el caso, entre muchos, de Tomás de Aquino. En mi adolescencia me enseñaban (nunca pude verificarlo) que jamás fue tentado en asuntos de la carne y, además, que cortaban en redondo su mesa de trabajo para que acomodara bien su vientre. Fray Seráfico, decían. Su castillo es la *Suma de teología* o *Suma teológica*, una obra inmensa escrita a partir de «objeciones» y «soluciones» que se relacionan entre sí. Perfecto conocimiento de todos los filósofos anteriores y de la Biblia. Sin embargo, en la obra, todo es empírico, no comprobable. Argumentos propios de la fe y no de la razón. Castillos en el aire de la estupidez, como digo.

No sé, mi querido tío Stelios (*μπάρμπα*, tío, es término cariñoso en griego), si has leído o has visto representada alguna vez la pieza titulada *La vida es sueño* de Calderón. Más concreta mente Calderón de la Barca. Por estas tierras, todos sabemos de memoria el monólogo segundo de Segismundo que da título a la obra. En mi juventud, al menos, todos lo recitábamos: «Yo sueño que estoy aquí / de estas prisiones cargado [...] e toda la vida es sueño / y los sueños sueños son».

Está muy claro. Para Calderón la vida es un simple sueño. Una nada pequeña, insignificante. Pero su fe le impedía llevar su razonamiento un poco más lejos, un poco más allá, porque resulta evidente que, si la vida es un sueño, la vida es también una solemne estupidez.

CLII

NUESTRO amigo Blas procedía de una pequeña aldea en las proximidades de Aracena. Un día, al regresar de su pueblo en septiembre, contrajo una enfermedad dolorosa. Como tantos otros. Sin embargo, me es imposible olvidar el instante en que, aferrado con violencia a los barrotes de su cama, fuera de sí, con lágrimas insoportables, gritaba y gritaba: «¡No quiero morirme! ¡No quiero morirme!». Al día siguiente fuimos a su entierro y, al verlo inmóvil dentro de su ataúd, nos quedamos atónitos. Nada dijimos y sólo nos mirábamos a los ojos con tristeza y perplejidad. No podíamos reconocerlo. No era él. En verdad, no era él. Era solamente, transformado, desfigurado hasta la estupidez, huesos y piel seca, una momia egipcia o sudamericana.

CLIII

EN mi juventud me sentí atraído, casi apasionadamente, por el existencialismo. Compramos un libro a medias, puesto que nuestras posibilidades económicas eran casi inexistentes, y nos pasábamos buena parte del día intentando comprender y retener en la memoria los «ser ahí», «ser con», «ser en proyecto» de toda aquella filosofía, novísima y extraña, que nos explicaba lo que éramos y, al mismo tiempo, nuestra relación con el mundo.

El libro se titulaba *Ser y tiempo* (*Sein und Zeit*), de Martin Heidegger, y había sido editado por el Fondo de Cultura Económica. Compramos, en efecto, la quinta edición de 1974, en la traducción que había realizado José Gaos del texto publicado en 1927 como separata de una revista alemana dirigida por Husserl.

Con cuánta dedicación, con cuánto esmero y cuidado pasábamos las páginas del libro. Horas interminables de discusiones, de interpretaciones, de análisis. Sentíamos además un placer meticuloso en señalar las expresiones, en anotar en un papel las frases que creíamos inmortales. Y amamos, más tarde, a Sartre. Pero de otra manera.

La mucha edad, repito una vez más, te hace leerlo todo de manera distinta. De forma más pausada. Sin apasionamiento, diría, puesto que aquella pasión de

vivir envejece también, conlleva y establece una distancia entre ti y lo que lees. Tú y el texto. Y se llega a comprender la estupidez y la inutilidad de cierta filosofía.

Ahora releo: «Por ser *el ser en el mundo* esencialmente cura se pudo en los análisis anteriores caracterizar al *ser cabe lo a la mano* como *curarse de*, al *ser con* del *ser ahí con* de otros que hace frente dentro del mundo como *procurar por*». Si el pudor me lo permitiese, podría seguir copiando párrafos y párrafos de uno de los libros que más páginas de comentarios y exégesis de filósofos y lingüistas ha producido nuestro mundo contemporáneo. Con un ejemplo basta.

Dicho con más claridad, elegimos un concepto, le añadimos un término y a ese pequeño todo, sintagma resultante, lo vamos relacionando poco a poco con otros conceptos y términos que constituyen a su vez sintagmas resultantes. El efecto, a mi entender, constituye más una metaontología o una paraontología que una explicación racional de lo que entendemos por ente. Al menos, estoy convencido de que Heidegger podría haber escrito sus pensamientos más directamente a la razón y a la comprensión que al galimatías y a la necesidad de exégesis de cada fundamentación o descripción. Manos mal que no llegó a completar su obra.

CLIV

GUARDÓ en una cajita pequeña, con fondo de terciopelo azul, el pelo púbico de su amante con el convencimiento de que, así, lo poseería para siempre. A veces, lo llevaba consigo en un bolsillo, cuando salía a tomar un café o una cerveza, para hablar con él detenidamente, como juego imposible, y mitigar un poco su soledad. Otras veces, lo dejaba en casa con tristeza y añoraba el regreso. Un buen día, en cambio, la muchacha de la limpieza, sin comprender nada de sentimientos ni eternidades, lo tiró a la basura. Y el tiempo, de pronto, estalló de risa estúpidamente.

PORQUE ni siquiera el amor resiste los embates del tiempo. Ni el más apasionado, ni el más enloquecido, ni el más heridor. Tendremos, por ello, que reírnos tanto de Romeo como de Julieta, quiero decir, de todos los amores que existieron y existirán. Cuando uno de los amantes vive cincuenta años más que el otro, olvida incluso la exactitud del rostro, las formas, lo más íntimo de su cuerpo. Una nebulosa en la memoria, nada más. El amante está bien seguro de que sucedió, de que existió el amor, pero se debilitan las imágenes en su cabeza, se entrelazan, incluso se confunden.

Por ello, repito que nos engaña la percepción del tiempo. Lo que consideramos real y perdurable, en un instante dado, en un instante concreto, es plena estupidez, como la vida misma. Y, más aún, el amor más allá de la muerte es pura fantasía de románticos iluminados que se engañan a sí mismos y a los demás.

CLVI

LAS montañas beben sol lentamente hasta saciarse y se derraman de sus labios algunas gotas de luz sonrosada y tierna. Y mañana también. Y pasado mañana. Y cuando yo no esté. Tan hermoso como inútil. Tan emotivo como estúpido. Es el crepúsculo, Stelios, o, como vosotros decís, «*το σούρουπο*». Los poetas, sin embargo, caen extasiados al suelo, levitan y describen en sus versos la belleza del instante. Siempre la misma belleza desde Safo o Anacreonte, desde Virgilio hasta nuestros días. Y para nada comprenden la estupidez despiadada del momento.

